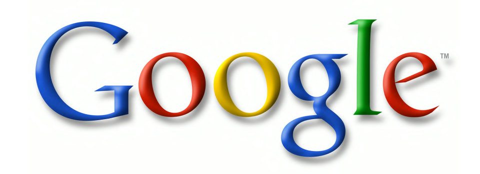
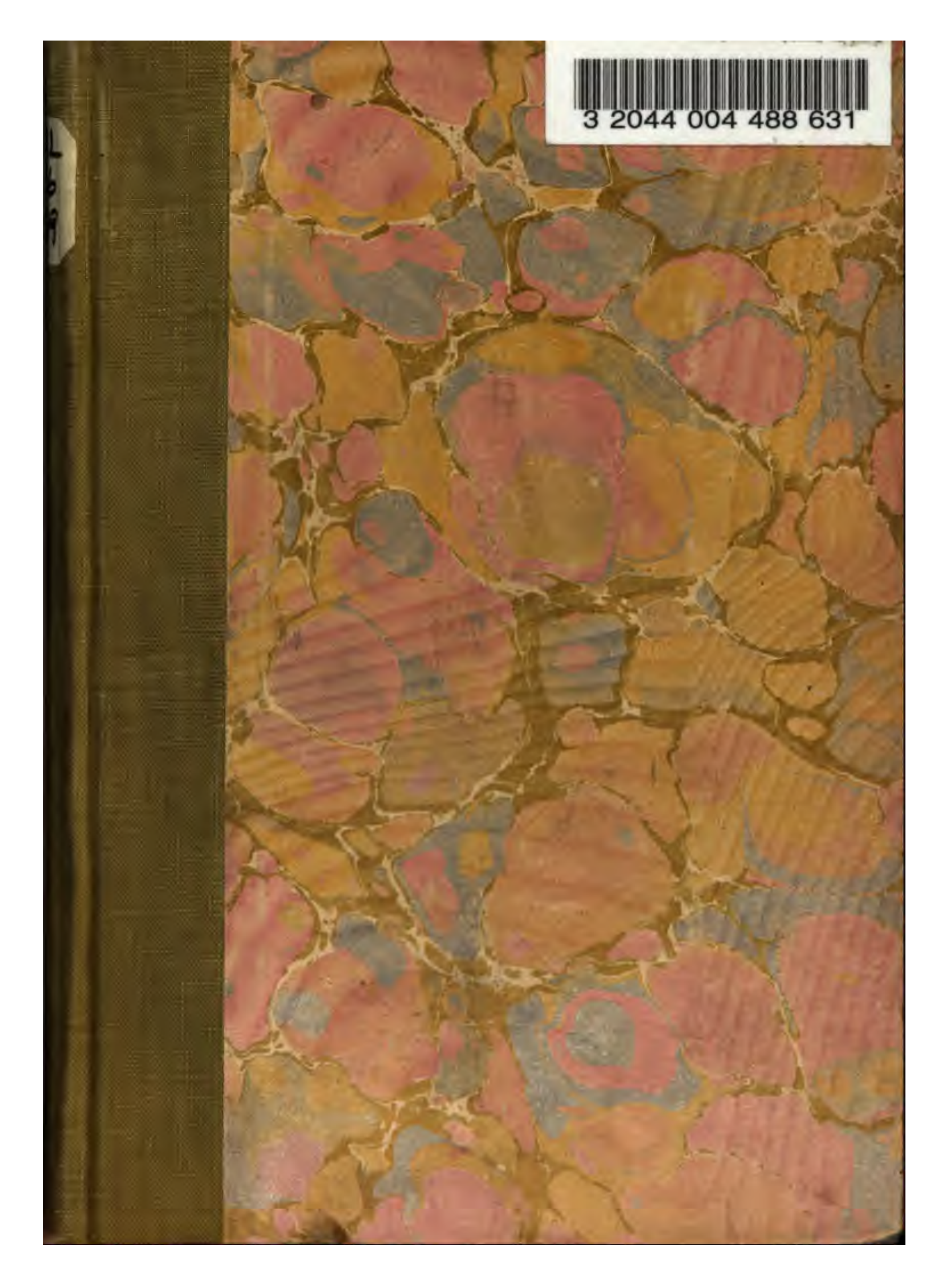



3 2044 004 488 631





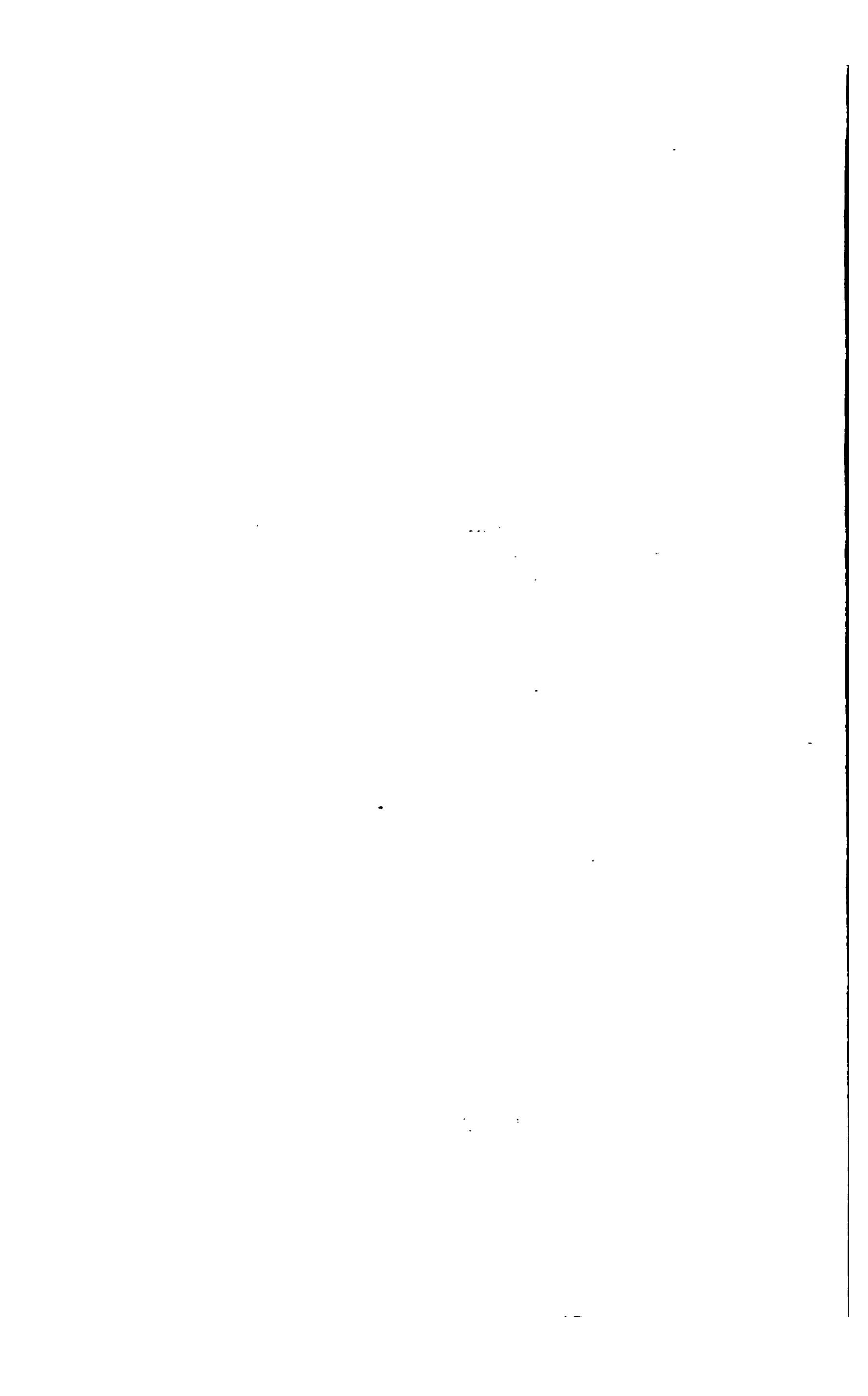
JOSÉ LUIS PRADO.

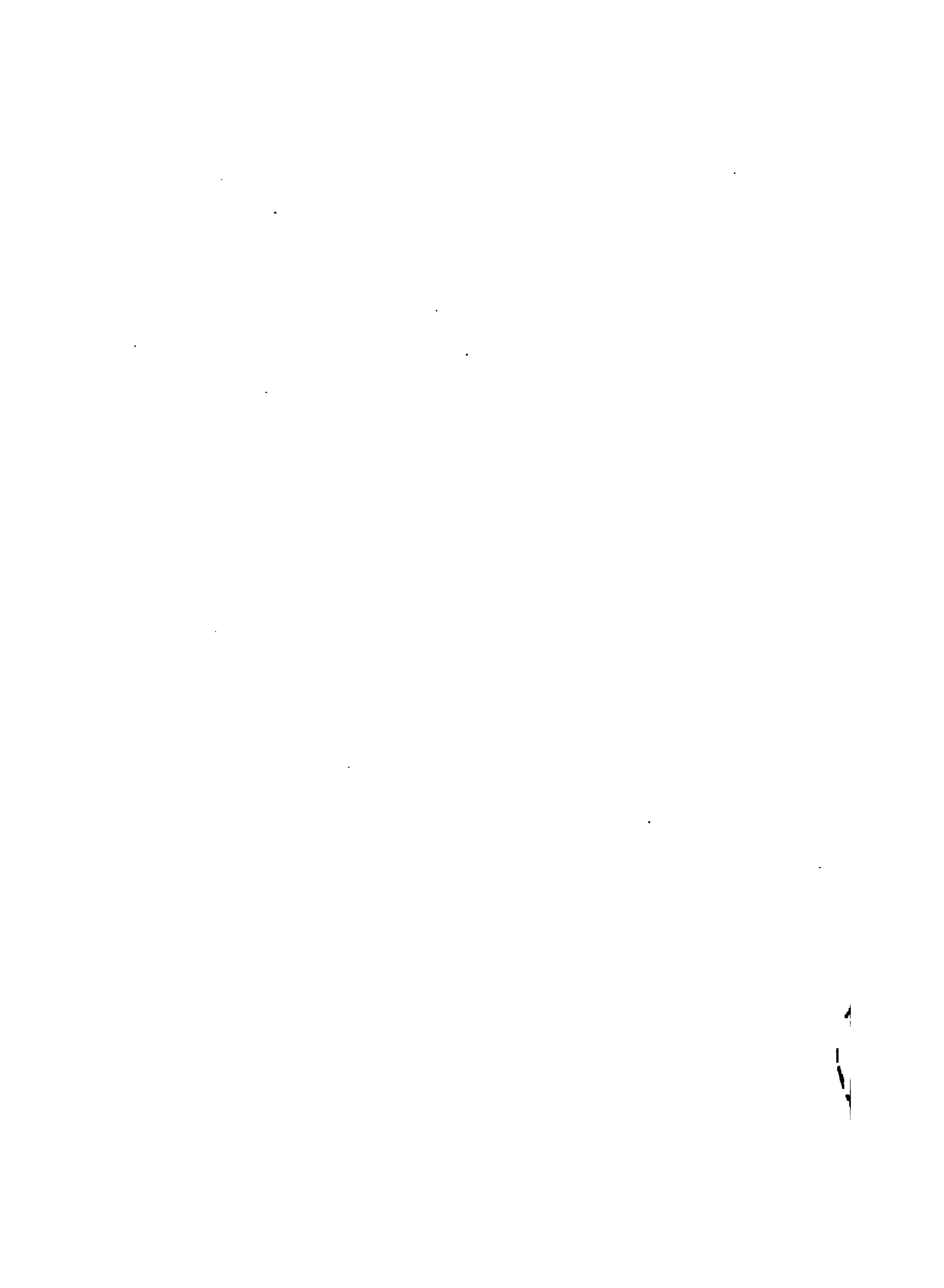
VERSOS



MATANZAS:
Imprenta Galería Literaria, Riola 41.
1895.

VERSOS





PRÓLOGO.

Casi todas las composiciones que figuran en este volumen, son conocidas en Matanzas; porque las he publicado en los periódicos locales, las he recitado en el *Club*, el *Ateneo*, el *Liceo* etc., ó las he escrito en el álbum de alguna matancera; por lo tanto, y puesto que dedico esta edición exclusivamente á esta querida ciudad, poco ó nada nuevo encontrarán en sus hojas los que adquieran mi libro.

Tenía yo el propósito de no coleccionar nunca mis versos, y sólo cediendo á reiteradas instancias de discípulas y amigos de cuyo afecto no dudo, he reunido y he impreso unas cuantas de mis compo-

siciones. Las publico ahora sin haber observado el precepto de Boileau:

Polissez-le sans cesse et le repolissez;
Ajoutez quelquefois et souvent effacez.

porque ha pesado más en mi juicio la advertencia del mismo preceptista:

Souvent la peur d'un mal nous conduit dans un pire.

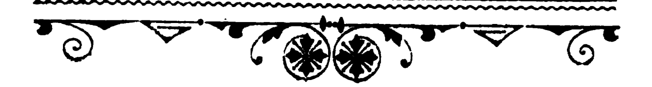
No se me oculta que, fuera del sentimiento, nada hay en mis estrofas digno de ser aplaudido; que muchas de estas composiciones exigen notas aclaratorias; que algunas han perdido el mérito de la oportunidad y que otras, no tienen interés sino para un reducido número de amigos; por eso anticipadamente hago constar que no doy á luz una *obra literaria*, aspirando al aplauso de la Crítica para conquistar un nombre en las Letras; sino un manojo de recuerdos para complacer á los que, convencidos de mi sinceridad, desean tener reunidas las notas que mi cariño y mi gratitud á Matanzas han arrancado á mi corazón.

Nicolás Heredia, Garmendia ó . . . X, (cuyo nombre callo por ahora para que no me tache de indiscreto), íntimos amigos míos, que en nuestra

literatura ocupan los puestos de honor, hubieran escrito este prólogo, hubieran apadrinado esta obra, si yo no hubiese querido quitarle toda apariencia de presunción literaria. El celebrado autor de *Leonela*, á quien debo un juicio halagador publicado en *El Fígaro* de la Habana y el espontáneo ofrecimiento de este proemio; Garmendia, el conocido autor de *Sol de Otoño*, que en la prensa de Matanzas me ha colmado de elogios inmerecidos, y mi incógnito amigo, tan competente en asuntos literarios como en cuestiones científicas; todos ellos con su claro talento y con sus artísticas dotes, hubieran sido égida de mis versos sin comprometer su reputación literaria; Byrne, el primero de nuestros poetas, habría hermoseado esta página con alguna de sus dulcísimas estrofas.

Perdonen mis lectores el párrafo anterior, único rasgo de vanidad que he llegado á permitirme, y no olviden mís discípulas el consejo que en otras ocasiones les he dado y les repito ahora, de no tomar nunca por modelo las producciones de su adicto

José Luis Prado.



Á MI MADRE.

Todo en Cuba es alegría;
Pero en México está la madre mía;
Quiero ir allá.

Bajo el cielo primoroso
De esta tierra, soy dichoso;
Todo es bello para mí;
Pero en medio á mi ventura,
¡Cuántas horas de tristura
Paso aquí!

De esta brisa los rumores,
El perfume de estas flores
Y el murmurio de este mar,
No me roban ni un ínstante
El recuerdo palpitante
De mi hogar.

Mas, si hallé en cada cubano
Un amigo y un hermano,
Y si en Cuba está mi amor,
¿Por qué á veces sufro y lloro? . . .
Porque extraño á un sér que adoro
Con fervor;

Á una madre, cuyos ojos
Nunca fijan con enojos
En los míos su mirar;
Á ese sér que mil delicias
Me brindó con sus caricias
Sin cesar;

Á ese sér idolatrado
Que, por verme allá á su lado,
Diera vida y corazón;
Á esa madre que me llama
Con cariño, porque me ama
Con pasión;

Á esa madre que mi sueño
Vigilaba con empeño,
Con cuidado sin igual,
Y en sus brazos, cuando niño,
Me arrullaba con cariño
Celestial.

¡Ah! Con nada son pagados
Los desvelos y cuidados,
Y los besos y el amor
De ese sér que ama el tormento
Por quitarnos un momento
De dolor.

¡Oh! no temas, madre mía,
Que te olvide un solo día;
Eres buena para mí,
Y en el alma y en la mente
Tengo un sitio preferente
Para tí.

Tú bien sabes que al dejarte,
Por mi honor supe jurarte
A tu lado retornar,
Y no dudes un momento,
Que sabré mi juramento
Respetar.

Yo te extraño á todas horas,
Y, sabiendo que me adoras,
Junto á tí quiero volver;
Que tu amor, madre querida,
Es el alma y es la vida
De mi sér.

Al que ingrato no venera
Á quien debe toda entera
La existencia, con razón
El dictado le conviene
De infelice, pues no tiene
Corazón.

Bajo el cielo primoroso
De esta tierra, soy dichoso,
Todo es bello para mí;
Pero en medio á mi ventura,
Con la voz del alma, pura,
Digo así:

Todo en Cuba es alegría;
Pero en México está la madre mía;
Quiero ir allá.

Á CUBA.

(RECITADA EN EL CLUB DE MATANZAS.)

A José F. Castelló.

Verjel do crecen aromosas flores
Que el aire pueblan de perfume suave,
Cuna de ardientes dulces trovadores
Que el mundo llenan con sus blandas rimas,
Cuba, valiosa perla
Del espumoso mar americano,
Yo me siento orgulloso con las glorias
Que conquistan tus hijos,
Que de cada hijo tuyo soy hermano.

Yo quiero verte así, rindiendo culto
A la ciencia y al arte;
Yo quiero verte así, marchando altiva
Por la senda del bien, y contemplarte
Coronada de lauros y de flores;
De honrosos lauros y de flores bellas

Que luzcan en tu frente,
Cual lucen en el cielo las estrellas.

Yo quiero verte así, que aunque los rayos
De tu esplendente sol no fueron, Cuba,
Los primeros que hirieron mis pupilas;
Aunque de niño no escuché el acento
De tus bellos palmares,
Para tí guarda el alma un sentimiento
De amor y de cariño,
Inspirado por una de tus hijas
A quien el corazón y el pensamiento
Entregué desde niño.

Yo idolatro á mi patria; miro en ella
Todo lo bello que en el mundo existe;
Y aquí sobre tu suelo,
Del viento en el suspiro,
De la fragante flor en el aroma,
En el manto de estrellas con que el cielo
Por la noche se viste,
En la luna que asoma
Entre nubes obscuras,
Halla mi corazón algún recuerdo
De aquella hermosa tierra
Do las canoras aves tropicales
Arrullaban mis sueños infantiles
Al compás de los cantos maternales.

Tus ideas, tus nobles sentimientos
Son los de aquella patria tan querida
Que me viera nacer; todo revela
Que uno solo, uno solo es vuestro origen,
Que, vírgenes indianas,
La vida recibisteis en el seno
De América feliz, que sois hermanas.

Si este mundo dejara, y permitido
Me fuera retornar con el derecho
De escoger como patria
El lugar que quisiera,
Al volver á la vida,
Si México no hubiera,
Cuba fuera la tierra preferida.

Si no dudas de mí, si mis palabras
A tu ánimo llevaron
La firme convicción de que te quiero,
Escúchame un instante;
Oye la voz del corazón sincero
Que en sus latidos con fervor te aplaude
Y te grita ¡adelante!
Yo no vengo á decirte que eres, Cuba,
La sultana del mundo;
Yo no vengo á ofrecerte con mi lira
Canciones y alabanzas
Que no puedo sentir, porque mis labios
No dan paso jamás á la mentira;

Sólo vengo impulsado por mi alma
A augurarte un magnífico destino,
Si esforzada y valiente nó sucumbes
En medio del camino.

¡No desmayes jamás, no retrocedas!
Si espinosa es la senda de la gloria,
El renombre que alcances
Después de la victoria,
Premiará tus afanes y desvelos.
Levanta la cerviz, fija tus ojos
En la torpe, curiosa muchedumbre
Que tu lucha contempla
Y necia se figura
Que no puedes llegar hasta la cumbre;
Extiende tu abundante cabellera
En tu desnuda espalda;
Oprime entre tus manos la bandera
Sublime del Progreso;
Abandona la falda,
Sube, planta tu pie con arrogancia
En la empinada cima
Y mira con desprecio
Al que creyó llegasen á rendirte
El trabajo continuo y la distancia.

Trabaja sin cesar; de tu memoria
No borres el pasado;

Que de lección te sirva en el presente
Para alcanzar el porvenir de gloria
Que se alza majestuoso por Oriente.
Cambia las armas que la vida exponen
De tus hijos queridos,
Por libros y por hierros de labranza:
Donde se halle un cuartel, funda un colegio;
Alienta la esperanza
De oír tu nombre egregio
Con cariño y respeto pronunciado;
La lucha no te asombre:
Defiende por la prensa y la tribuna
Con afán denodado
Los derechos del hombre:
Procura convencer con la palabra,
Y en lucha fratricida
Jamás el arma destructora vibres,
Si quieres conquistar honroso puesto
Entre los pueblos libres.

Mayo de 1879.

EL MENDIGO.

A las alumnas del colegio "Santa Margarita."

Con lágrimas en los ojos
Y con amarga sonrisa
Cruza el mendigo las calles
En tormentosa fatiga;
Nadie sus penas comprende,
Nadie escucha su agonía
Y nadie enjuga las lágrimas
Que obscurecen sus pupilas.
Ayer en su hogar dichoso
Fué dueño de las caricias
De una esposa idolatrada,
De una madre bendecida;
Ayer, poderoso y noble,
Si alguna nube sombría
Cruzaba sobre su frente,
Siempre halló una mano amiga
Que la sombra disipara
Devolviéndole la dicha.

Ayer la tierra era flores,
Música blanda la brisa,
Y el gorjeo de las aves
Inspirada melodía;
Ayer el sol con sus rayos
De belleza peregrina,
Alumbraba su sendero,
Daba encanto á la campiña,
Y por un cielo de estrellas
Vagó en la noche su vista.

Hoy, extranjero en su patria,
Con el llanto en las mejillas,
Recorriendo solitario
El sendero de la vida,
No encuentra pintadas flores
Sobre la tierra que pisa,
Donde sólo nacen cardos
Y punzadoras espinas;
Hoy los pájaros canoros
Ya no cantan, ya no brindan
A su corazón enfermo
Dulce placer con sus rimas;
Hoy son lastimeros ayes
Lo que modula la brisa;
El sol su luz no le presta
Y las estrellas no brillan.

***

Cuando á vuestras puertas llegue
Y en nombre de Dios os pida
Una mísera limosna
Para aliviar su desdicha.
Cuando cubierto de llanto.
Con la esperanza perdida.
Busque en vuestros corazones
Lo que el suyo necesita,
No le digáis con desprecio:
«Perdone, hermano y prosiga:»
Oíd la voz generosa
De la Caridad bendita.
Que Dios en aquel instante
Su bendición os envía.

Junio de 1880.

MARÍA AMELIA CUNÍ.

Entre las flores del verjel que besan
Las linfas del San Juan y el Yumurí,
Tiene Amelia la corte y los honores
De la rosa gentil.

1894.

SINCERIDAD.

A Lola Pulido.

Que son estrellas tus ojos,
Y dos rosas tus mejillas,
Y coral tus labios rojos,
Y que á tus plantas de hinojos
Postrado estoy? . . . ¡Mentirillas!

No sé cómo algunas bellas
Gustan de oír tales cosas,
Cuando son más lindas ellas
Sin coral, y sin estrellas,
Y sin mejillas de rosas.

Que tienes gracia y talento,
Que de una franca amistad
Me inspiras el sentimiento? . . .
Esto, Lola, sí es verdad:
Lo juro y no me arrepiento,

1894.

ÍNTIMA.

A Miguel Garmendia.

Mi hermano se moría;
su faz pálida y mustia,
Su aliento fatigoso,
sus ojos sin fulgor,
Y de mi santa madre
la indescriptible angustia,
Al ver que le arrancaban
al hijo de su amor;

No hirieron mis sentidos,
no conmovieron tanto
Las fibras de mi alma
ni vivirán quizás
En la memoria mía,
como el copioso llanto
De aquel doliente padre
que no he de ver jamás.

***

Mi hermano se salvaba;
su fúlgido semblante,
Vencida la dolencia,
pasado ya el dolor,
Y de la madre mía
el gozo delirante,
Al ver que le entregaban
al hijo de su amor,

No hirieron mis sentidos,
no conmovieron mi alma
Y en la memoria mía
no vivirán quizás,
Como la dicha muda,
como la dulce calma
De aquel padre querido
que no he de ver jamás.

1895.

ROSA CUNÍ Y VALERA.

Brilla en su rostro, que el pudor enciende,
La candidez de la risueña infancia;
En las pupilas de sus lindos ojos,
Que sombrean suavísimas pestañas,
Resplandecen las dulces ilusiones
De un corazón henchido de esperanzas;
Radia en sus labios, que al clavel dan celos,
La sonrisa del sol de la mañana,
Y su cuerpo ideal ufano cruza
Sobre las flores que su senda esmaltan.
Nació para reinar; los corazones
Cautivos se arrodillan á sus plantas,
Y aspirando el perfume de inocencia
Que la niña gentil lleva en el alma,
El himno del amor de los amores
Entonan á su augusta soberana,

1894.

Á JOSÉ FORNARIS.

(FRAGMENTO.)

Recitada en el Liceo de Matanzas.

Venga el sentido trovador cubano
Que cantó de la raza siboneya
Las dichas y el dolor; venga un instante
A escuchar mi laúd; es de un hermano
Esta voz que lo llama con cariño;
Deje que estreche con placer la mano
Del que tanto conozco desde niño.

En una hermosa tierra
Que está tras de los mares,
Tierra de promisión donde hay un cielo
Transparente y azul como el de Cuba,
Donde también se mecen los palmares
Y cautivan los pájaros canoros,
En esa patria mía,
He escuchado mil veces las estrofas
De tu noble y ardiente poesía.

Después de muchos años
En que has visto cruzar sobre tu frente
Las nubes de traidores desengaños,
Vienes aún, henchido de esperanzas,
A arrancar á tu cítara doliente
Himnos de amor que ofreces á Matanzas;
Y aquel adolescente,
Aquel niño extranjero
Que allá en su patria conoció tus trovas
Que celebraban tanto,
Es quien en nombre de tu amada Cuba,
Te da las gracias por tu dulce canto.

Tú hubieras preferido
Las endechas sonoras
De un ave cuyo nido
En las palmas de Cuba se meciera. . . .
Consuélate al saber que con el alma
Yo quiero á quien nació bajo este cielo;
Que con libre albedrío
En Matanzas mi hogar he levantado;
Que son hermanos tuyos
El ángel de mi amor y el hijo mío.

Novbre. 1885.

MI CULTO.

Hay en un templo una imagen,
Copia fiel de la hermosura;
El brillo de su mirada
De luz aquel templo inunda;
Tierna y mágica sonrisa
En sus labios se dibuja,
Y su semblante apacible
Y su belleza denuncian
Todo lo grande y lo noble
De un alma sencilla y pura;
Un fuego vivo y constante
Aquella imagen alumbra;
Un embalsamado ambiente
La rodea y la perfuma;
Pueblan el santo recinto
Los acordes de una música
Más tierna que las canciones
Con que las madres arrullan

A sus adorados hijos,
Que mecen en blanda cuna.

El templo es el alma mía;
El fuego que allí fulgura,
Es la pasión que en mi pecho
Más intensa y más profunda
Hacen, niña, las miradas
De tus pupilas obscuras;
Mis amorosos suspiros
Son los que el aire perfuman,
Y mis versos, los acordes
Que en aquel lugar se escuchan.
¿Sabes ya cuál es la imagen,
Del templo reina absoluta,
La que mi libre albedrío
Con sus miradas subyuga,
La que en su tierna sonrisa
Y en su semblante denuncia
Todo lo grande y lo noble
De un alma sencilla y pura?. . . .
Es la imagen de mi amada,
Es, niña, la imagen tuya,
Que en mi corazón impresa,
De mí no se aparta nunca,

1880.

HORTENSIA Y BLANCA ROSA LIMA.

Flores y encajes en albo seno,
Perlas y raso, perfume y luz,
Pupilas negras como la noche,
Ojos rivales de un cielo azul,

Cabellos de oro que al sol deslumbran,
Rizos con sombra crepuscular,
Busto romano, perfil de Grecia,
Mágico hechizo, gracia inmortal;

Y bajo el seno que con encajes,
Con seda y raso cubre el pudor,
Dos corazones, preciosos nidos
De los encantos de la ilusión.

NOSTALGIA.

A la Sra. Amelia E. Horn de Reutlinger.

No puedes calmar tu anhelo
De mirar en este cielo
El sol con que sueñas tú,
Y que baña el rico suelo
De tu adorado Perú.

En vano buscas en Francia
El color y la fragancia
De aquellas pintadas flores,
Compañeras de tu infancia,
Testigos de tus amores.

Yo también pretendo en vano
Hallar trasuntos aquí
De mi suelo mexicano,
De aquel mundo americano
Donde por dicha nací.

Y comprendo tu alegría
Al saber que yo venía
De aquella hermosa región,
Manantial de poesía
Para todo corazón.

Yo ví en tus ojos brillar
Luz de indecible contento,
De mi labio al escuchar
Palabras en el acento
Y el idioma de tu hogar.

Ví tu boca sonreír
Con inefable dulzura,
Como queriendo decir:
«Ah! si yo pudiera ir
A esa tierra de ventura! . . . »

De la patria el nombre santo,
Cuando vibra en nuestro oído
Con su misterioso encanto,
Es un arpegio sentido
Del más armonioso canto!

Tú, de la patria tan lejos,
Sientes crecer los antojos
De cegar con sus reflejos . . .
¡De tus ansias son espejos
Las pupilas de tús ojos!

Yo voy á cruzar los mares
Tras la eterna poesía
De mi sol y mis palmares.
¡Cuánto goza el alma mía
Pensando en los patrios lares!

Mas ¡ay! de tu afán insano
El fuego avivando estoy
Al estrecharte la mano,
Diciéndote que me voy
A mi mundo americano.

Sintiéndome tan dichoso,
Olvido que sufres tú,
Bajo este cielo brumoso,
Nostalgia por el hermoso
Sol ardiente del Perú.

¡Adiós! y no llores más!
Calmando tu ardiente anhelo,
A América volverás.
¡No se deja nuestro suelo
Para no volver jamás!

París, Dbre. 1881.

Á OCTAVIO.

(CON MOTIVO DE SU COMPOSICIÓN "TÚ Y YO")

Fugaz mariposilla, ¿por qué con ansia loca
Pides ardiente rayo á la brillante luz?
¿En tan divino fuego quemar tus tenues alas
Acaso quieres tú?

Errante cefirillo, ¿por qué triste suspiras
Y á la encendida rosa su aroma pides hoy,
Si sabes que son tuyos los mágicos perfumes
De la fragante flor?

Dí, pájaro canoro que en la floresta umbría
Modulas dulces trinos llamando á la torcaz,
Si amante te responde tu fina compañera,
¿Por qué tu suspirar?

Acero que sin vida bajo la tierra yaces,
¿Por qué al imán le ruegas te arrastre en su atracción?
¿No sabes que el destino te ordena con imperio
Que vayas de él en pos?

Alma que las cadenas que al mundo te ligaban,
Por ir tras de la gloria, rompiste con placer,
No dudes, vuela y mira al ángel que te abre
Las puertas del edén.

No lo abrases, luz hermosa;
Linda rosa, dale aroma;
Fiel paloma, con tu arrullo
Corresponde á su canción;
Imán, cólmale su anhelo;
Guarda, cielo, fuente pura
De ventura, para el alma
Que muriendo está de amor.

Mayo de 1884.

¿LLEGA Ó SE VA?

(ANTE UN GRABADO.)

A María Galis Menéndez.

De la máquina el gemido
Oye la dama hechicera;
Abandonando la estancia,
Descorre con impaciencia
La caprichosa cortina
Que adorna el arco de piedra,
Y apartando dulcemente
La frondosa enredadera,
Se reclina en la baranda
Y agita con mano trémula
Rico pañuelo de encajes,
Perfumado con la esencia
Que brota con los suspiros
De la elegante doncella.

¿Sabes tú lo que la joven
En esos instantes piensa? . . .
Si viene el tren, «¡cuánto tarda!»
Y si se va, «¡cómo vuela!»

Febrero 1893.

COLOMA BOTET.

En el césped sus pétalos oculta
La cándida violeta;
Coloma en el hogar tímida esconde
Su angelical belleza.

De la modesta flor el aura errante
El perfume revela;
De la niña gentil descubre el alma
Inspirado el poeta.

1894.

MARÍA.

Allá en el fondo de sus ojos bellos
El sol de Cuba guarda los destellos
Que al mundo prestan el vital calor,
Y en la trenza que forman sus cabellos,
Se oye del aura el plácido rumor.

Nido es su boca, de inmortal sonrisa,
De los perfumes que robó la brisa
En los jardines que arrulló al cruzar;
Brotan flores del suelo que ella pisa,
Cantan las aves si la ven pasar.

Cuando impaciente su mirar fulgura,
Cuando muestra en sus labios su ternura,
Cuando su acento en mágica expresión
Revela la bondad de su alma pura,
Dejo á sus pies mi amante corazón.

Es bella como el sol del mediodía
La hermosa virgen, la gentil María,
Que mi alma lleva de su afecto en pos;
Ella es la encarnación de la poesía
Que brota dulce del laúd de Dios!

1881.

A ROSA CASANOVA.

Es la rosa la reina de las flores
Que ostentan sus colores
Y derraman esencias deliciosas
En el jardín y en la floresta umbría,
Y tú en el alma mía
Eres, niña, la reina de las *Rosas*,

1895.

NO LLORES.

(EN EL 16º ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE JOSÉ J. MILANÉS.)

Recitada en el Club de Matanzas.

No llores, Cuba; que tu amargo llanto
No volverá la vida
Al hijo ilustre que quisiste tanto.
Cuba, no llores más; cierra la herida
Que te causó la muerte
Arrebatando de tu amante seno
Al hijo que, por verte
Ocupar una página brillante
En el sagrado libro de la Historia,
Su existencia, su amór, su poesía,
Hubiera renunciado con su gloria.

No llores, no; si es cierto
Que ya no puedes escuchar más cantos
De su rico laúd, porque él ha muerto,

Tus auras apacibles y tus ríos
Guardan sus notas dulces y sonoras,
Y en blandos murmuríos
Las remedan con ansia á todas horas.

Yo comprendiera tu dolor profundo
Y llorara contigo,
Si al pasar Milanés por este mundo,
No perdiera la calma;
Si una sola esperanza de ventura
Hubiese hallado abrigo
Allá dentro de su alma;
Pero triste, y enfermo, y desgarrado
Su noble corazón, sólo en la tumba
Pudo encontrar consuelo,
Que si un infierno en su vivir tenía,
En la muerte después halló su cielo.

Yo comprendiera tu dolor amargo,
Si en las obscuras simas del olvido
Vieras con otros nombres sin historia
Su nombre confundido;
Pero cuando la trompa de la Fama,
Pregonando su gloria,
Ilustre y noble con ardor le llama,
Tú no debes llorar, sino al arrullo
De música tan grata,
Sonreír con amor y con orgullo.

No llores, no; si quieres
Consagrar un tributo á su recuerdo,
Demostrarle tu ardiente simpatía
Y la verdad de tu cariño santo,
Tu amor y tu respeto,
A tus hijos reune como ahora,
Para elevarle una canción sentida
Que le impulse á exclamar: «¡Soy muy dichoso,
Porque sé que mi patria no me olvida!»

14 Nvbre. 1879.

CRUZ CORTADELLAS.

Las brisas que mueven la airosa mantilla
De esbelta manola de gracia sin par,
Mecieron su cuna, besaron su talle,
Y en él derramaron torrentes de sal.

Las aves que animan la verde enramada
Con tristes cadencias ó alegre rumor,
Cantando á su oído, la clave le dieron
Del ritmo que encierra su mágica voz.

Y el genio del arte, besando rendido
La mano nerviosa que oprime el marfil,
Ciñó con los lauros que el triunfo pregonan,
Su nítida frente de rosa y jazmín,

1894.

EL HUÉRFANO.

Cielo azul, sol esplendente,
Luz de brillantes colores,
Campos cubiertos de flores,
Mar de apacible corriente,
Arroyos que mansamente
Se deslizan murmurando,
Aves que giran cantando
Con inefable dulzura,
Y á impulsos de tal ventura,
Su corazón palpitando.

¡Qué alegre cuadro el ayer!
Un paraíso por mundo,
Sonrisas de amor profundo
Y lágrimas de placer.
Jamás negro padecer
Pudo su dicha turbar;
Ni una nube de pesar,
Ni una sombra de dolor
Empañaron el fulgor,
La ventura del hogar.

¡Cómo vuelan esas horas
De felicidad y calma!
¿Por qué anidan en el alma
Ilusiones seductoras,
Si después huyen traidoras,
Dejando, sin compasión,
Un pesar cada ilusión
Alimentada y perdida;
Cada recuerdo, una herida
En mitad del corazón!

Ya para el triste pasaron
Aquellas horas serenas;
Los que calmaban sus penas,
De este mundo se ausentaron;
Sin compasión lo dejaron
Sumido en negra orfandad.
¡Qué horrible es su soledad!
¡Qué cruel su melancolía!
¡Nada en su desgracia impía
Puede extinguir su ansiedad!

En actitud silenciosa,
Con el llanto en las mejillas,
Rezando está de rodillas
Al pie de fúnebre losa.
De una madre cariñosa
Pronuncia el nombre querido,
Y, sofocando un gemido

Que llega hasta su garganta,
Siempre triste, se levanta
En pos de otro sér perdido.

En un rincón apartado
Riegan lágrimas sus ojos
Sobre los yertos despojos
Del padre que le han robado.
Deja aquel lugar sagrado
En recuerdos tan fecundo;
Vuelve á la vida del mundo
Tras el bienhechor consuelo,
Y es más amargo su duelo,
Y su dolor más profundo.

¡Más profundo! que al tornar
Al albergue en que nació,
Donde su niñez corrió
Sin asomo de pesar,
Ya no mira aquel hogar
Nido de amor y ternura;
No ve á los que con dulzura
Le llamaban «hijo mío»,
Y encuentra el mundo vacío
En su inmensa desventura.

Julio de 1880.

PLAGIO.

En el álbum de María Suárez y Pérez.

Ojos claros serenos,
Si de dulce mirar sois alabados...
Si alguien llega á decir que no son buenos
Los dos versos copiados,
Y en criticarme sin piedad se obstina,
Le diré que la emprenda furibundo
Con el dulce Gutierre de Cetina.

Labios de fuego, trémulos y rojos...
Pero, pluma, no corras; vé despacio,
Que no quiero vestirme con despojos
De Manuel del Palacio.

De María la gracia *es tan cumplida,*
Que, cual si fuese un velo,
Cuando la suelta al viento, toda entera
La oculta la madeja de su pelo.
No está del todo mal; pero es el caso

Que al querer celebrar tu cabellera,
Ramón de Campoamor me sale al paso.

Bajo su labio que encendió el estío,
(Habla Novoa, poeta americano)
Su sonrisa descubre
El nácar que en clavel condensa el hielo.
¡Adiós! Lope de Vega su cuchara
También quiere meter y no lo admito,
Porque ¿quién me asegura
Que de echármelo no han después en cara?
(*¡Trasposición se llama esta figura!*)

Es su cuerpo gentil, su andar airoso,
Su voz es como el aura que suspira,
Su aliento es el perfume de la viola;
Es María tan bella,
Que en vano á competir con ella aspira . . .
(¡Se atravesó Lupercio de Argensola!)

Que pulsen su laúd dignos cantores
De tu gracia divina y tu talento!
Mi musa, avergonzada,
No ha querido brindarme sus favores
Y ha tenido razón; yo, aunque quisiera
Decirte mucho aquí, no digo nada.

Agosto 1888.

¿POR QUÉ?

A la Sra. Antonia Alcozer de Dumás.

—¿Por qué adoras á tu patria?
—Porque mi madre querida
Allí por la vez primera
Depositó en mis mejillas
Sus más cariñosos besos;
Porque las tiernas sonrisas,
Porque las dulces miradas
Del sér que me dió la vida,
Fueron allí con los rayos
Del sol que el mundo ilumina,
Los primeros resplandores
Que copiaron mis pupilas.
La adoro, porque reposan
Allí las santas reliquias
De seres cuyo recuerdo
No muere en el alma mía;
La adoro, porque en la mente

Conservo la imagen viva
De los juegos de mi infancia,
Que se deslizó tranquila,
Contemplando de aquel cielo
La belleza peregrina,
En esas rápidas horas,
En esos fugaces días
Que el niño ve indiferente
Y que el hombre nunca olvida.

—¿Por qué adoras á tus padres?
—Porque su sangre es la mía,
Porque con su amor profundo
Ellos me dieron la vida,
Y de su ardiente cariño,
De su inmensa idolatría
El manantial me brindaron
Con sus primeras caricias;
Porque mecieron mi cuna
Al compás de las sentidas
Notas con que me arrullaban
Cuando la tarde caía;
Porque velaron mis sueños,
Porque una eterna sonrisa
Ofrecieron á mis ojos,
Y en mis preguntas sencillas
Su corazón halló siempre
Raudales de poesía.

—¿Por qué á tus hijos adoras?
—¿Por qué? . . . ¡Porque sí! No pidas
Mejor razón; si la hubiera,
Expresarla no sabría.

Octubre 1889.

LOLA LAMADRIZ.

Si ven sus ojos, que son muy bellos;
Su fresca boca, que es un clavel;
Su esbelto talle, su andar gracioso,
Todos exclaman: «¡linda mujer!»
Pero si escuchan su dulce acento,
Si su alma miran en el fulgor
De aquellos ojos, conmigo dicen:
«¡Lola es un ángel de bendición!»

1880.

Á ELENA HEYDRICH.

En su álbum.

Volubles mariposas
En los prados ostentan orgullosas
Sus variados y espléndidos colores,
Aspiran la fragancia
Y el néctar liban de las frescas flores
Que después abandona su inconstancia.

En este libro reflejado veo
De una brillante «mariposa de oro»
El ardiente deseo:
Hallar de dulce miel rico tesoro.

Si en horas de tristeza,
Para olvidar lo amargo de tus cuitas,
Recorres estas hojas,
Imitando la gracia y ligereza
Del insecto sutil, y si un instante

Se detiene tu lánguida mirada,
Un instante no más, como se posa
En las flores del campo
La alegre mariposa,
Tal vez el dulce néctar del consuelo,
Si aun el pesar tu corazón aqueja,
Encuentres en las flores
Que la tierna amistad aquí te deja.

Novbre. 1885.

MARGARITA TARAFA,

Rosa Maribona, Rosa Cuní, Rosa Casalins, Rosa Casanova.

¡Precioso ramo que á besar incita!
«Frescas, lozanas, puras y olorosas,»
Circuyendo á una bella margarita,
«Fragancia esparcen las nacientes rosas.»

1894.

VENID. (*)

Yo también vengo á cantar
Con sincera devoción,
Yo también vengo á pulsar
De hinojos ante el altar
Las cuerdas del corazón.

¡Ay de aquél que indiferente
Mira llorar y sufrir
A un pobre niño inocente
Y no descubre á su mente
La senda del porvenir!

¡Ay de aquél que adormecido
Por la dicha y el placer,
De la fiesta con el ruido
Apaga el triste gemido
Del alma de una mujer!

(*) Recitada en la sociedad "Talía" en una función á beneficio de los huérfanos del poeta Alfredo Torroella.

Venid, venid y dejad
Una limosna en el templo
Que se alza á la Caridad:
Jesucristo os dió el ejemplo
De amor á la humanidad.

Venid á honrar la memoria
Del sentido trovador
Que de su patria en la historia
Ocupa un puesto de honor
Y una página de gloria.

Bardo que con loco anhelo
A cantar se puso aquí
Entre lágrimas de duelo,
Hoy pulsa su lira allí,
En las regiones del cielo.

Partió para no volver;
Pero, al partir, sollozaba,
Porque en el mundo dejaba
Los frutos de su querer
Y la esposa que adoraba.

Sus ojos con ansiedad
En los vuestros tiene fijos,
Y os pide por caridad
No abandonéis á sus hijos
Que viven en la orfandad.

¡Pobres niños! Con razón
Llorarán junto á la madre
En negra desolación,
Si desoyendo á su padre,
No les brindáis protección.

De la vida el oceano
Van solos á atravesar;
Tendedles piadosa mano,
No les dejéis naufragar,
Que son hijos de un hermano.

De un hermano que os amó;
De un hermano en cuyas venas
Sangre vuestra circuló,
Que en vuestras dichas gozó
Y sufrió con vuestras penas.

Venid, venid á traer
A la orfandad un consuelo
Que alivie su padecer;
En cambio vais á obtener
Las bendiciones del cielo.

Y si el grito de aflicción
Que arranca pena traidora
No os ablanda el corazón,
Si no halláis satisfacción
En consolar al que llora,

Si no os sentís con aliento
Para ejercitar el bien,
Si, faltos de sentimiento,
No os enternece el lamento
Del pobre . . . venid también.

El socorro que al entrar
En el templo bendecido,
Pueda vuestra mano dar,
No lo tengáis por perdido,
Que bien os lo han de pagar.

Esos niños que al calor
Viven de su buena madre,
Pagarán vuestro favor
Con los versos de su padre,
Cantos de inmenso valor;

Dulces himnos que arrancaba
De su sonoro laúd
Que con el alma pulsaba,
Tiernas notas que exhalaba
Para ensalzar la virtud.

Venid; si con noble ardor
A estos niños amparáis,
Al recibir el favor
Y al honrar al trovador,
A Cuba también honráis.

Agosto de 1879.

Á MI HERMANA MARÍA.

Unos versos me piden, María,
Tus últimas cartas;
Y escuchando la voz del cariño
Que sale del alma,
En mis manos la lira quejosa
Sostengo con ansia
Y le pido que un mundo de notas
De dulce cadencia te ofrezca al pulsarla.

Yo quisiera poder con mis versos
Salvar la distancia;
Yo quisiera con ellos, María,
Volar á do te hallas,
Porque sé que feliz y amorosa
Contigo me aguarda
La que vida nos dió con su vida,
La luz de mis ojos, mi madre adorada.

Muchas veces á solas conmigo
Y en horas de calma,
Los recuerdos evoco de aquellas
Tranquilas veladas
En que atentas oíais las notas
Sentidas de mi arpa,
Y al calor del hogar bendecido
Mi historia de amores alegre contaba.

Cuando lleno de fe en el cariño
Que allá me consagran,
Tras los goces que en vano aquí busco,
Yo vuelva á mi patria,
Otra vez, como en tiempos mejores,
Mi musa inspirada
Llenará con su mágico acento
De noches de invierno las horas calladas.

Yo te ruego que en pago á mis versos,
Si acaso te halagan,
De mi madre, que llora mi ausencia,
Recojas las lágrimas
Y le digas en frases que formes
Con tiernas palabras,
Que no puedo olvidar su recuerdo
Que vive en mi mente, que guardo en el alma.

Febrero de 1880.

¡Á LO QUE HEMOS LLEGADO!

A Domingo Lecuona.

Ya estoy aquí!... Pues ¡valor!
Aunque voy por de contado,
Metiéndome á redentor,
A salir crucificado,
Seré claro, sí, señor!

Es probable que al salir,
Se me arme una trapisonda;
Mucho lo habré de sentir;
Pero tengo que decir
La verdad monda y lironda.

Ser podrá una ligereza,
Y por decir lo que siento,
Me darán en la cabeza;
Pero hablaré con franqueza,
Pues, si me callo, reviento!

Escuchen con atención
Y estudien punto por punto
Mi filípica ó sermón.
¿Estamos?... Pues al asunto,
Y salga la procesión.

Ya Matanzas no es ciudad,
Sino miserable aldea.
¿Qué dicen? ¿que no es verdad?...
Así al menos lo vocea
Cada notabilidad!...

No hay asomo de cultura
A orillas del Yumurí...
¿Quién es ese que murmura?
Hay gente que lo asegura...
Y lo dicen porque sí!

Esto va muy mal, señores:
La crítica nos asedia;
Ya no hay quien nos eche flores,
Y algunos... *escribidores*
Nos ponen de vuelta y media.

¿En qué vamos á parar?
A la verdad no lo sé;
Pero debo confesar
Con toda franqueza, que
Estamos por conquistar.

Tres periódicos tenemos,
Tres nada más ¡vive Dios!
Mas, como nunca leemos,
Los tres suprimir debemos:
Ya sobran lo menos dos.

¡Es cierto que hay que vivir
En las grandes capitales
Para pensar y sentir!
Nosotros somos rurales,
Y ya no hay más que decir.

¿Un poeta, un escritor?
En Matanzas no se estila;
Si acaso, algún trovador
Muy cursi, de última fila,
Y ¡gracias por el favor!

¿Qué somos en artes?—¡Cero!
¿Y en Ciencias?—¡Pues tiene punta!...
No hay un solo matancero
Que en artes, ciencia ó dinero
No esté á la cuarta pregunta.

Acabe nuestra arrogancia;
No tiene razón de ser;
Si fuese allá... Sin jactancia,
¡Aquello es lo que hay que ver!
Vamos, ¡ni París de Francia!

Planteles de educación,
Instituto provincial
Tenemos; pero ¿qué son?
¡Escuelitas de arrabal!
Y no hay exageración.

El teatro ¡siempre desierto!
La sociedad ¡suprimida!
Y por la boca del puerto
No hay entrada ni salida:
¡Todo el año es tiempo muerto!

Y aunque *El Correo* reclama
Para Matanzas la fama
De industriosa y comercial,
Todos saben que no hay tal:
¡Son cosas de Valderrama! (1)

Hasta la naturaleza
Contra nosotros conspira:
¡Ya en Matanzas no hay belleza!
Aquí, ¡parece mentira!
No hay quien levante cabeza!

En épocas no lejanas,
A las hermosas cubanas
Presididas siempre ví
Por bellas camagüeyanas
Y ninfas del Yumurí;

(1) Director de *El Correo de Matanzas.*

Mas la gentil matancera
¡No es hoy ni sombra de ayer!
Y si miento, ¡que me muera!
La mejor ¡por Lucifer!
Le pega un susto á cualquiera!

En fin, señores, ¡la mar!
Y . . . ¡más vale que me calle!
Pero no sin declarar
Que ya en Matanzas no hay Valle
Ni Cuevas de Bellamar!

1892.

Á ESPERANZA CHÁVEZ.

En su abanico.

Niña, si ya alguno tiene
La posesión de tu alma,
¡Cuántos dirán que han perdido
Para siempre su *esperanza!*

1882.

RECUERDOS.

En el álbum de María Luisa González.

Te conocí cuando eras una chiquilla:
Nueve ó diez primaveras sólo contabas;
Entonces, con vestidos á la rodilla,
Del colegio en los bancos te encaramabas.

Y no eras revoltosa: nunca en la clase
Mereciste un castigo por *majadera*.
¿Aplicada? . . . Recuerdo que, si había *pase*,
Casi siempre lograbas ser la primera.

Para ti fueron horas entretenidas
Aquellas consagradas á tus lecciones,
Y contigo no fueron nunca perdidas
Del maestro las áridas explicaciones.

Era entonces capullo tu inteligencia,
Botón lleno de gracias en su ternura;
Se abrió entre los perfumes de tu inocencia,
Y hoy es flor que cautiva por su hermosura.

Si al llenar estas líneas, solo pensara
En decirte mil cosas de hombre galante,
Muchos dulces requiebros aquí dejara,
Fuera mi estilo entonces altisonante.

Pero sé que en el álbum que tú me envías,
Quieres que deposite mi pensamiento
Sin asomo de necias galanterías,
Privadas del aroma del sentimiento.

Y escribo con el alma; los que me lean,
Tal vez no me perdonen el desaliño.
¡Qué importa, si mis versos logro que sean
Intérpretes locuaces de mi cariño!

Adiós y no me olvides cuando la Fama
Pregone de tus triunfos la inmensa gloria.
Muy poco, María Luisa, de tí reclama
Quien lleva tus recuerdos en su memoria.

1890.

SALUTACIÓN.

Recitada en el Liceo de Matanzas.

¡Salud, queridas riberas
Del edén de mis amores;
Salud, ríos y palmeras;
Salud, pájaros y flores;
Salud, lindas matanceras!

¡Qué largo fué para mí
Todo el tiempo transcurrido
Desde el día en que partí!
Mas ¿qué importa lo sufrido?
¿Qué importa, si ya volví!

Ya no doy al ronco viento
Ni una queja ni un lamento;
Ya revela mi canción
En lo dulce de su acento
El placer del corazón.

Ya se llena el alma mía
De pasión, y de alegría,
Y de encanto celestial
Con la eterna poesía
De mi suelo tropical.

Cuando de aquí me ausentaba
De otras regiones en pos,
Mientras más yo me alejaba,
Mucho más, lo sabe Dios,
Mi desencanto aumentaba.

¡No hay un sol como el ardiente
Que ilumina nuestro suelo!
Aquí es más suave el ambiente,
Aquí es más azul el cielo,
Y el cariño es más vehemente!

¡Oh, Matanzas! Con qué afán
He cruzado yo los mares
Por ver la Cumbre y el Pan,
Y los índicos palmares,
Y el rumoroso San Juan,

Y la apacible corriente
Del Yumurí, y las estrellas
De tu cielo transparente,
Y tanta mirada ardiente
De tantas mujeres bellas!

Por escuchar el rumor
De tus apacibles brisas
Y por cambiar con ardor
Mil frases y mil sonrisas
Con el ángel de mi amor!

El poeta vagabundo
Buscó con afán profundo
Mil delicias, pero en vano;
¡Que no tiene el Viejo Mundo
Lo que el mundo americano!

Febrero 1882.

Mª DE LAS MERCEDES PANIAGUA.

Primoroso capullo
Que del aura sutil y vagarosa
Se adormece al blando seductor arrullo
Mañana, al despertar, será la rosa
Del ameno jardín gala y orgullo.

18[illegible]

LA LIMOSNA.

A María Teresa Cruz Muñoz.

«Niña, soy un pobre ciego
Sin familia y sin hogar;
Una mísera limosna,
Y Dios se la pagará!»

Así con voz lastimera.
De una casa en el umbral,
Un harapiento mendigo
Imploró la caridad.
Al escuchar sus lamentos,
La niña rompió á llorar
Y en un generoso arranque
De ternura y de piedad,
Dejó en las manos del pobre
Una limosna y un pan.

Supo después con asombro
Esa niña angelical,
Que aquel hombre no era ciego,
Que su traje era un disfraz,
Y que terminó en la cárcel
Su vida de criminal.

***

«Niña, soy un pobre ciego
Sumido en negra aflicción.
¡Tenga piedad de mis males!
¡Una limosna por Dios!

Un harapiento mendigo
La caridad imploró
Así, con humilde tono
Y con apagada voz.
Al escuchar sus lamentos
La niña el rostro volvió
Y, reflejando en los ojos
El desprecio y el temor,
Le dijo: «perdone, hermano,
Y vuelva en otra ocasión.»

Supo más tarde la niña
Con verdadero dolor,

Que aquel mendigo era ciego
Y que el infeliz murió
De miseria, de cansancio
Y de desesperación.

Si alguien te pide limosna
Y tú no sabes quién es,
Dale, niña, lo que puedas:
Si es pobre, le haces un bien,
Y si es criminal, entonces
El más engañado es él.

1883.

Á DIGNA AMÉRICA DEL SOL.

En su abanico.

Es *digna* joya de *América*
Tu patria, la hermosa Cuba,
Cuyo cielo alumbraría
Siempre el *sol* de la ventura,
Si todas sus hijas bellas
Tuviesen el alma tuya.

1882.

SONETO CON ESTRAMBOTE.

Es el manto de noche tempestuosa
Su flotante y obscura cabellera;
Su cuerpo se forjó de una palmera;
Sus mejillas, de pétalos de rosa;

De azucenas su frente; prodigiosa
Su boca de coral, guarda hechicera
Tras labios de clavel, nítida hilera
Turgente, juvenil y primorosa.

Es su cuello de cisne; de alabastro
Su seno virginal, y su sonrisa
Es radiante fulgor de sol naciente;

Lleva en sus ojos resplandores de astro,
En su aliento sutil, soplos de brisa
Y en sus azules venas, lava ardiente.

Fuera más que locura
No admirar tan espléndida hermosura;
Pero yo, sin ambages lo confieso,
Por esa criatura
No cambio á una mujer de carne y hueso.

1894.

LAS BUENAS COMPAÑÍAS.

(TRADUCIDA DEL FRANCÉS.)

A Ramona Sánchez.

Junto á los níveos pétalos de un nardo,
Y envolviendo un clavel rico en olores,
En un verjel de matizadas flores
Yo ví las hojas de un agreste cardo.
Qüise saber qué aroma contenía
La ruda planta, y con asombro inmenso
Noté que trascendía
A nardo y á clavel. *¡Oh! ¡cuánto gana*
Todo el que vive en buena compañía!

1884.

EFÍMERAS.

A Blanca Casanova.

Mira esa flor: su espléndida corola
Es del jardín admiración y gala:
Las otras flores su ventura envidian.
Los céfiros se inclinan á besarla:
Al contemplar su mágica hermosura.
Henchidas de pasión las aves cantan:
Las alegres, volubles mariposas
Trémulas la acarician con sus alas.
Se estremece al impulso del deseo
El magnífico sol de la mañana.
Y murmura mil sones cadenciosos
El arroyuelo que á sus pies resbala.

. . . .

Mas ¡ah! ya marchitaron su belleza:
Ya cruzan á su lado sin mirarla:
Ya espira triste, y como nunca tuvo
El exquisito don de la fragancia.

De su brillante efímera existencia
Ni un recuerdo siquier la brisa guarda.

***

Una niña . . . ¿la ves? Sus lindos ojos
Son manantial de eléctricas miradas;
Sus mejillas de fino terciopelo
A las rosas de Abril envidia causan;
Entre sus labios húmedos y rojos
Con las sonrisas los perfumes vagan,
Y su abundante y rubia cabellera,
Al rodar en magníficas cascadas
Sobre los hombros y el turgente seno,
Aumenta el esplendor de su garganta.
¡Qué niña tan gentil! No hay en el mundo
Quien le dispute el reino de la gracia;
Perlas y flores pueblan su camino,
Y amorosos galanes á sus plantas
Imploran las miradas de sus ojos
Y pendientes están de sus palabras.

. . . .

Mas ¡ah! ya marchitóse su belleza;
Ya cruzan á su lado sin mirarla;
Ya espira triste y sola, y, como nunca
El perfume de amor brotó de su alma,
¡Ni siquiera un recuerdo de cariño,
Ni siquiera un recuerdo el mundo guarda!

1883.

Á MARÍA T. MAZA.

En su álbum.

Niña inocente, ya los umbrales
Del falso mundo pisando estás;
Ya entre un enjambre de adoradores
Tus atractivos luciendo vas.

Ya te persiguen, ya te rodean
Con los encantos de la pasión;
Guárdate, niña, guárdate mucho
De dar las llaves del corazón.

Quiero que sepas que la mentira,
Que la lisonja, que la maldad,
Se ocultan siempre tras mil disfraces
Cuando frecuentan la sociedad.

Nunca te fíes del que te halague,
Del que te adore con frenesí,
Porque en tus ojos vea dos luceros,
Porque tus labios son de rubí.

Porque tus dientes parecen perlas,
Y hay en tu cuerpo gracia sin par,
Y es el aliento que tú respiras,
Como el perfume del azahar.

El que te quiera con toda el alma,
El que te ofrezca noble pasión,
El que su dicha cifre en tu dicha,
El que te entregue su corazón,

En los encantos de tu hermosura
Mil atractivos encontrará;
Pero al hablarte de su cariño,
En tus virtudes se inspirará;

En tus virtudes, niña inocente,
Que son tu hechizo más seductor,
En la ternura que abriga tu alma,
En tu modestia y en tu candor.

Entra, María, entra en el mundo
Que abre sus puertas ya para tí;
Dulces miradas, tiernas sonrisas,
Flores y versos tendrás allí.

Mas no te fíes; esas miradas
Y esas sonrisas guardan tal vez
Lazos que tienden almas obscuras
Para que caiga tu candidez.

No acojas nunca con entusiasmo
Todas las flores, pues, por tu mal,
Pueden algunas llevar oculto
Sutil perfume tal vez mortal.

Pero... no temas; cruza las puertas
Que te abre alegre la juventud;
Para librarte de las traiciones,
Tienes las armas de la virtud.

Agosto 1882.

Á ROSA CASTAÑER.

En su abanico.

Este elegante abanico,
Si agita el aire, lo aroma
Con el mágico perfume
De la más fragante *rosa*.

1882

ES MEJOR EL INVIERNO. (*)

Jackson, escritor de sal,
No teme al cierzo inhumano,
Ni teme al sol tropical;
Le es completamente igual
Que sea invierno ó verano.

Pero dice que, en rigor,
Atendiendo á mil razones
Que juzga de gran valor,
Entre las dos estaciones,
La de verano es mejor.

No estoy conforme, y contesto
Sus graciosas redondillas,
Diciéndole que protesto;
Por más que, al ver mis quintillas,
Exclame: «Jesús ¿qué es esto?»

(*) Contestación á «Es mejor el verano,» de José Jackson Veyán.

El invierno, ya lo sé,
Causa tristeza en España;
Pero no es así, no á fe,
En la tierra de la caña,
Del cacao y del café.

Aquí no existe ese hielo
Que todo encoge y achica,
«Lo cual siempre es un consuelo;»
Y aquí ninguno se explica
Que falte azul en el cielo.

En verano una peseta
Podrá parecer un duro
En donde habita el poeta:
Aquí, si el calor aprieta,
La derrite de seguro.

En el verano será
La comida más barata:
Ninguno lo negará;
Mas lo que en pan no se va,
Se va en helados y horchata.

Para el más ardiente amor
El verano es muy cargante
[illegible] lo seductor
Que puede estar un amante
Empapado de sudor

Y que no me viene angosto,
Para atreverme á Veyán,
Este consejo: *en Agosto,*
Como lo manda el refrán,
No tomes mujer ni mosto.

Los calores del estío
Darán vida y expansión
Allá donde aprieta el frío;
Aquí nos dan, señor mío,
Tan sólo una insolación.

A mí no me maravilla
Que amen los pobres de allá
El mes en que el sol más brilla;
Pero vengan por acá . . .
¡Adiós! ¡la fiebre amarilla!

En invierno y en estío
Hay verde aquí en la pradera
Y flores por donde quiera;
Que con calor ó con frío,
En el campo es primavera.

Que es caro un traje en invierno? . . .
Y en el verano ó infierno
¿No hay que vivir con la ropa
En un mudar sempiterno,
Porque se vuelve una sopa?

Y el que no sale de casa
Vive en un perpetuo afán,
Porque de fijo se abrasa;
Corolario: aquí no pasa
Lo del vestido de Adán.

El calor! Verdugo fiero!
No puedo vivir tranquilo
Pensando en el camisero;
Y más escribir no quiero,
Porque estoy sudando el quilo. .

Enero de 1888.

Á BELÉN DELGADO.

En su abanico.

Abanico, cuando escuches
Las cariñosas palabras
Que los dos enamorados
Se repitan en voz baja.
No agites las armonías
Que el aire en su seno guarda.
¡Todo en la tierra enmudece
Cuando conversan dos almas!

1882.

MELANCOLÍA.

Ven, mi amor, la tarde espira;
Oye al viento que suspira
Al besar las tristes hojas
Que le cuentan sus congojas;
Oye el lúgubre cantar
De la tórtola doliente,
Y el murmurio de la fuente,
Y el quejido de la mar.

Ven, mi amor que obscuro velo
Ya se extiende por el cielo;
De las palmas y del monte
Ya no muestra el horizonte
El contorno seductor,
Y se llena el alma mía
De la cruel melancolía
Que se esparce en derredor.

Ven y calma mis enojos
Con la lumbre de tus ojos,
Con la rima de tu acento,
Y el perfume de tu aliento,
Y el amor que vive en tí;
Ven y cambie tu ternura
En placeres la amargura,
El pesar que siento aquí.

Ven y en éxtasis profundo
Olvidémonos del mundo;
Y aunque ya la tarde espira,
Con el viento que suspira,
Serán gratos el cantar
De la tórtola doliente,
Y el murmurio de la fuente,
Y el quejido de la mar.

1880.

Á MARÍA J. GAUNAURD.

En su álbum.

A escribir en la página primera
Del álbum tuyo, celestial María,
Jamás yo me atreviera,
Si con frase de dulce melodía
Tu boca de clavel no lo pidiera.
Mi pobre poesía
No merece favor tan señalado,
Y si logra alcanzar mérito alguno,
Será cuando tus ojos
En ella fijes, cuando en tu memoria
La guardes con empeño
Y cuando la repitan
Con cariño y placer tus labios rojos.

Hoy celebras tu santo,
Y quiere bienhechora la fortuna
Brindarme la ocasión que yo bendigo,
De ofrecerte un saludo con mi canto

Y de llenar de tu álbum esta hoja.
Que has consagrado á tu mejor amigo.

***

Del arpa que pulso, cubana hechicera,
Mil notas quisiera mi plectro arrancar;
Mil notas tan dulces, como es el acento
Del lánguido viento que cruza el palmar.

De aquella Jalapa, la tierra de flores,
La tierra de amores que en sueños tú ves,
Jazmines y nardos, graciosa María,
Quisiera en tu día dejar á tus pies.

Quisiera traerte de aquellas regiones
Do mil ilusiones llegaste á forjar,
Las flores, las brisas, las notas süaves
De todas las aves de dulce trinar.

¡Mi empeño es muy loco! En vano mi vuelo
En pos de aquel cielo quisiera tender.
¡Qué importa que aspire, que aspire yo á tanto,
Si sólo mi canto te puedo ofrecer!

Septiembre de 1880.



Á MATANZAS.

(EN EL 2º CENTENARIO DE SU FUNDACIÓN.)

Ni el esplendor de tu cielo,
Ni tu valle peregrino,
Ni el perfume de tus flores,
Ni el murmurio de tus ríos,
Ni el caprichoso gorjeo
De las aves cuyo nido
Se mece entre los palmares
Que baten su frente altivos,
Despertaron ilusiones
En mi corazón de niño;
Los ecos de tus montañas
No tienen para mi oído
El rumor de aquellos besos
Cadenciosos y dulcísimos
Con que me arrulló mi madre
De su amor en el delirio;
No eres mi adorada patria,

No eres aquel paraíso
Que á todas horas recuerdo,
Que nunca daré al olvido,
Porque un altar en el alma
Le alzó mi inmenso cariño.

Pero escucha lo que dicen
Del corazón los latidos:
«Tus hijos son mis hermanos,
Te debo un hogar tranquilo,
Y eres, Matanzas, la cuna
De mis adorados hijos.
¡Ah! ¡qué feliz, si pudiera
En una sola fundiros
A mi tierra veneranda
Y á tí, generoso asilo
Del que en juvenilos años
Amores buscando vino!»

. . . .

. . . .

La nostalgia me consume:
Si estoy aquí, sólo vivo
Pensando en aquella tierra
A donde volar ansío,
Y, cuando estoy en mi patria,
Por tí, Matanzas, suspiro.

Octubre de 1893.

OLGA SCHWEYER.

Si no la conocéis y á vuestro oído
De la tierna beldad el nombre llega,
No acude á vuestra mente
La imagen de la tierra en que ha nacido;
Pensáis que en la región que el Volga riega
O del Rhin caudaloso en la corriente
Su cuna se ha mecido.

Mas, si el fuego sentís de su mirada,
Si escucháis la cadencia arrulladora
De su voz que enamora,
Si de su alma inocente
Aspiráis el perfume delicioso,
Sabéis entonces que su blanda cuna
Se meció á las orillas
Del mar azul que copia los fulgores
Del espléndido sol de las Antillas.

1894.

PASEO POR EL SAN JUAN.

(EN LA CELEBRACIÓN DE LA FIESTA DE LA PAZ)

Dame tu mano, salta á la barca,
Déjame un sitio cerca de tí,
No tengas miedo, que no hay peligro;
Si zozobramos, ¿no estoy yo aquí?

Mira las aguas qué mansas corren;
Reposa un tanto, deja el temor;
Quiero que alegres sólo pensemos
En el mañana de nuestro amor.

Ya de la orilla nos alejamos,
Ya entre el bullicio la barca está;
Mírala, niña, cómo se mece
Y entre las otras airosa va.

Música blanda puebla el espacio
Con notas llenas de inspiración,
Y los barqueros al son del remo
Dan á los vientos dulce canción.

Con sus murmurios el manso río,
El aura blanda con su gemir,
El mar salobre donde estas aguas
Tranquilamente van á morir,

La luz brillante de las antorchas,
De las estrellas el rutilar,
El perfumado soplo del aire,
Todo convida, niña, á gozar.

Todo sonríe; goza y no tengas
Cuidado alguno, mi dulce bien.
¿Por qué suspiras? ¿por qué te asustas
De la piragua con el vaivén?

El tiempo vuela: ¿por qué no hablamos
De tu cariño, de mi pasión,
De los ensueños de nuestra mente,
De los arranques del corazón? . . .

Ya á tus mejillas vuelven las rosas,
Ya te aproximas risueña á mí,
Ya tus miradas son más ardientes;
¿Me quieres mucho? ¿verdad que sí?

Tu voz me arrulla, tu voz me encanta,
Y en escucharte cifro mi afán,
Porque es tu acento, niña, más dulce
Que los murmurios que da el San Juan.

Esas antorchas que nos alumbran,
Esas estrellas que ves allí,
No lucen tanto como tus ojos
Cuando los tienes fijos en mí.

El perfumado soplo del aire,
El rico aroma de linda flor,
No son tan suaves como tu aliento
Cuando me juras eterno amor.

Tu imagen bella dentro del alma
Tiene erigido sagrado altar,
Que es más profunda mi idolatría
Que las corrientes del ancho mar.

¿Aun tienes miedo, cuando á tu lado
Tiernas canciones murmuro yo? . . .
¿Quieres que remen hacia la orilla? . . .
Dímelo presto . . . ¿Verdad que no?

Mas ¡ay! el tiempo ¡cómo ha corrido!
Ya las piraguas á tierra van . . .
Dame tu mano, salta y no olvides
Nuestro paseo por el San Juan.

25 Junio 1878.

Á CINTA SALIQUET.

He visto cintas en los sombreros,
En los corpiños, en las polainas,
En los peinados, en las cinturas,
Sobre los hombros y hasta en las faldas;
Cintas de raso, cintas de seda,
Cintas de hilo, cintas de lana,
Cintas azules, y cintas rojas,
Y cintas verdes cual la esperanza . . .
La mar de cintas que no enumero,
Porque no es fácil clasificarlas.

También he visto la más valiosa
Por sus bondades y por sus gracias,
Cinta que siempre miran los ojos
Cuando te envuelven con sus miradas.
Graciosa *cinta*, *cinta* hechicera,
Cinta, de todas la más galana.
¿No sabes, Cinta, dónde la he visto? . . .
¡De tus amigos dentro del alma!

1887.

HOJA DE OTOÑO.

Para la Corona fúnebre de María Rita Guzmán.

Siempre en Otoño, precursor del cierzo,
Dejan las hojas sus flexibles ramas,
Y á impulsos del revuelto torbellino,
Las pobres van rodando
Con la arena del áspero camino;
Hasta que ya deshechas
Y en polvo convertidas,
El viento en el espacio las derrama,
Y en él vagan perdidas.

Las rojas amapolas,
Las blancas azucenas,
Los claveles, las rosas y los lirios
Inclinan sus espléndidas corolas,
Llorando amargas penas,
Diciendo «adiós» á plácidos delirios;
Y exhalando en perfumes
Sus íntimas congojas,



Languidecen, y al cabo se marchitan,
Y siguen el camino de las hojas.

Los pájaros se quejan,
Porque sin sombra sus hogares dejan;
Y al marcharse las flores,
Ellos también del árbol do moraban,
Cantando tristes su dolor, se alejan.
Cruzan el llano, ciérnense en los montes,
Atraviesan los ríos y los mares,
Buscando más alegres horizontes
Donde exhalar sus férvidos cantares.

Tú, que eras flor de embriagadora esencia,
Del florido verjel la más galana
Azucena gentil, como las flores
Que en tí encontraron cariñosa hermana,
También lanzaste el postrimer suspiro,
De tu existencia en la feliz mañana.

Tú, que pulsabas con amor el clave,
Arrancando sublimes armonías;
Tú, que imitabas el trinar del ave
En dulces poesías,
Inspiración de tu alma soñadora,
Tender quisiste el vuelo,
Cuando el suyo tendió el ave canora.

. . . .
. . . .

¿Existe un más allá? . . . Si acaso existe,
Secar debemos nuestro amargo llanto,
Pues con tu muerte, venturosa fuiste.
Y si el cariño santo,
Si el amor infinito de tus padres
Tan sólo mira en tu eternal ausencia
Manantial de pesares y de duelos,
Debe trocarlo en fuente de consuelos,
Al saber que te ha dado tu inocencia
La mejor existencia
En la región gloriosa de los cielos.

Octubre de 1885.

Á EUGENIA OJEDA.

En su abanico.

Han guardado en tu abanico
Tanto fuego las miradas
De tus elocuentes ojos
Intérpretes de tu alma,
Que aire que por él se agita,
No refresca, sino abrasa.

1882.

CONSEJOS.

A María Luisa Bordenave.

Si quieres tener amigos,
No te rías del que llore,
Ni envidies al opulento,
Ni desprecies á los pobres.

***

No des en el mundo un paso
Sin consultar tu conciencia,
Que será de tus acciones
La más noble consejera.

***

Recuerda que es necesario,
Cuando se da una limosna,
Que nunca una mano sepa
Lo que ha ofrecido la otra.

***

A nadie en el mundo quieras
Como adoras á tus padres,
Que, como ellos te idolatran,
No puede quererte nadie.

1882.

DESPEDIDA.

A María del Castillo

Han venido en secreto á decirme
Que el rojo clavel,
La azucena, la rosa y la palma
Que hacen de Matanzas peregrino edén,
Están por tu ausencia
Locos de placer;
Y ¿no sabes, graciosa María,
No sabes por qué? . . .
Porque desde que aquí tú llegaste,
La palma y las flores
Olvidadas de todos se ven.

Han venido también á decirme
Que con tierno amor
Y anegados los ojos en lágrimas,
Sinceros amigos te dicen «adiós»;
Que aquí tu recuerdo
Grabado quedó.

¿Sabes tú por qué causa tu ausencia
Profundo dolor? . . .
Porque á quien sólo siembra en el alma
Cariño y bondades,
Amores sinceros le da el corazón.

Julio de 1885.

Á JOSEFINA OLIVERA.

En su abanico.

—Abanico, ¿de quién eres?
—¿De quién soy? No lo adivinas? . . .
De quien tiene lindos ojos
Y encantadora sonrisa,
Y un cuerpecito muy mono,
Y una voz dulce y divina,
Y gracia, y talento, y alma
Ardiente como sencilla.
—Calla; ya sé de quién eres.
—¿De quién soy?
—¡De Josefina!

1882.

CARTA EXCUSA.

Para el almanaque de "El Album."

Señor Don César de Hinolia,
Cariñoso y buen amigo:
He visto en el semanario
Que lleva *El Album* por título,
El *memento* que al *Azteca*
Dedicó usted el domingo,
Probándonos que conoce
El muerto idioma latino.
Como era de figurarse,
Me he dado por aludido,
Y estoy que me desespero
Por salir del compromiso.
Pero ¡ay! Hinolia del alma,
Compañero queridísimo,
Sospecho que el Almanaque
No contendrá nada mío,
Porque en mi pobre cerebro
No hallo, por más que escudriño,

Ni un solo asunto que pueda
Dar para un verso motivo.

***

Hace más de tres semanas
Que no descanso ni vivo;
A usted, querido, le consta,
Porque trabajar me ha visto
En los últimos exámenes
De los colegios de niños.
—Señor, hágame unos versos
Para que recite el chico.
—Aquí están.—A mí, un discurso
Que exprese casi lo mismo.
—Vaya el discurso.—Yo quiero
Que en los momentos perdidos
Me repase las estrofas
Que he de decir.—Bueno, hijo.
Y pasan de dos y pasan
De tres, de cuatro, de cinco
Y de veinte los rivales
De Castelar y de Vico.

***

En el espacio de tiempo
A que antes me he referido,
Dos sonetos, tres romances,
Y seis discursos he escrito.
Mas no son estos, lo juro,

Los que me sacan de quicio,
Porque al fin y al cabo encuentran
Los alumnos un estímulo
En esas composiciones
Que con gusto les dedico.
Son otros los que me cargan,
Los que me causan fastidio,
Que ni de las vacaciones
Me dejan gozar tranquilo.
Calcule usted: para Pascuas
Tengo cincuenta pedidos:
Una décima el sereno,
Otras dos el mulatico
Que trae el pan, un romance
El que lo lleva al vecino;
Un epitalamio el otro,
Para cantarle á un amigo
Que se casa en Año Nuevo
Y lo ha nombrado padrino;
Quién me pide que conteste
En versos un acertijo,
Cuál necesita un soneto
Para *improvisarlo* (¡digo!),
Al brindar por el neófito
En animado bautizo;
Tal, un discurso que encierre
Pensamientos escogidos.

***

Todos me asedian, me abruman,
Y me levantan un cisco,
Si no satisfago pronto
Su deseo ó su capricho,
Tanto el nieto del abuelo,
Como el sobrino del tío.
¡Le juro que mi cabeza
Por dentro es olla de grillos!
Y en verdad que lo deploro,
Porque con usted, tan fino,
Tan complaciente, tan . . . vamos,
Tan *guachinango* conmigo,
No puedo cumplir y ahora
Quedo mal á pesar mío.
En fin, para el año entrante
Le daré algún *trabajito*,
Siempre que usted me prometa
Zurrar, pero de lo lindo,
A tanto poeta intruso
Y á tanto orador postizo.

Diciembre 1887.

ALEGORÍA.

A María Teresa Presas.

Al pie de un árbol de soberbio tronco,
Una rosa que fué rica en perfume,
Se estremece al sentir del crudo cierzo
Los lejanos rumores.
¡Qué tristeza tan grande la consume!
Ya pierde sus magníficos colores,
Ya su fragante esencia
Se agota, ya se apaga
El último fulgor de su existencia.
Al exhalar el postrimer suspiro,
Que del norte sañudo
Siguió el violento borrascoso giro,
Inclinó su corola con dulzura,
Y en un tierno botón, fruto adorado
De su amor en la tierra,
Dejó la flor impreso
El más amante y prolongado beso.

De esta escena de amor conmovedora
El árbol fué testigo,
Y al huérfano infeliz, bajo sus ramas
Brindó seguro abrigo.
Hoy el tierno botón crece lozano,
Entreabriendo sus hojas dulcemente;
Y al noble protector que mira ufano
Convertirse en la más fragante rosa
Al capullo gentil, agradecido,
Lo embriaga con su esencia primorosa.
Ni la flor da al olvido
Que al árbol debe su existir en calma,
Ni el árbol se arrepiente
Del bien que supo hacer.

Tú que en el alma,
Gentil María Teresa,
Llevas ha tiempo esta sencilla historia
Con sonrisas y lágrimas impresa,
Sabes bien que del árbol es la gloria
El lozano capullo
Que hoy se aduerme tranquilo
De auras de paz al seductor arrullo.

La santa gratitud es un consuelo
Que á las almas sensibles
Otorga siempre en su bondad el cielo.

1886.

Á ELENA OJEDA.

En su álbum.

Nubes de gasa color de rosa
Cruzan del cielo la inmensidad;
Aves de hermoso rico plumaje
Vierten sus trinos con dulce afán;
Flores que exhalan blando perfume,
Su cáliz abren; y murmurar
Entre las hojas de los naranjos
Se siente al aura primaveral.
Todo en la tierra canta y sonríe,
Cuando la aurora viene á anunciar
Que un sol hermoso de ardientes rayos
Su disco eleva con majestad
Hacia la línea del horizonte
Que el cielo forma besando al mar.

***

Rumor de halagos lleva el arroyo
Que entre las cañas jugando va;

Las aves buscan su blando nido,
Su adiós las flores al viento dan,
Y se salpica la azul esfera
Con mil diamantes de luz fugaz;
Susurra el aura con más ternura,
Con más cadencia gime el palmar;
Todo en la dulce calma reposa,
Todo respira ventura y paz,
Cuando al hundirse tras las montañas
Un sol hermoso primaveral,
Véspero inclina su regia frente
Y arrastra el velo crepuscular.



En la mañana de la existencia,
Niña graciosa, te miras hoy;
Nubes de gasa cruzan tu cielo,
Del sol de oriente ves el fulgor,
Y las canoras aves modulan
Para tu oído tierna canción;
Entre sus alas te trae la brisa
Blandos perfumes, y halagador
Es el poema que á tu hermosura
Cantan los bardos con dulce voz.
Todo revela que eres dichosa;
Y al que conoce tu corazón,
Todo le anuncia que en occidente,
Cuando, cumpliendo la ley de Dios,

De tu existencia llegue la tarde,
De tu hermosura se nuble el sol,
Serán más dulces tus alegrías,
Más cadencioso será el rumor
Que á tus oídos el aura lleve,
Y más ferviente la inspiración
De los poetas que den sus trovas
A tu talento y á tu candor.

. . . .

En este libro de tus recuerdos,
Mi humilde canto te ofrezco yo.

Marzo de 1886.

Á ANA POUJAUD.

En su abanico.

—Anita es muy bella, precioso abanico?
—Tan bella, tan linda como un querubín.
—¿Sus ojos?—¡Divinos!—¿Sus labios?—¡De rosa!
—¿Su frente?—De nardo.—¿Su cuerpo?—Gentil.
—¿Y el alma?—¡Tan buena!... ¡Feliz el que alcance
Sus dulces y tiernas caricias de amor!
—Pues díle, abanico, que estoy orgulloso,
Porque el dulce nombre de amigo me dió.

1882.

ORO Y AZUL.

SERENATA.

A Nicolás Heredia.

—«De tus ojos, estrellas rutilantes,
La mirada es azul;
El oro de tu rubia cabellera
Fascina con su luz.

Las azules sonrisas que dibuja
Tu boca de clavel,
Engendran mil doradas ilusiones
De amor y de placer.

Oro son las palabras de tus labios
Y el eco de tu voz,
Como es oro de brillo refulgente
Tu virgen corazón.

Tus suspiros, tus besos, son azules,
Como el cielo y el mar;
Azules tus risueñas esperanzas
Y azul es tu ideal.

Con las áureas cadenas de tus brazos
Aprisiona mi sér,
Bríndame tus azules pensamientos
Y tu esclavo seré.

Deja tu sueño azul por un instante
Y escucha mi canción:
Yo soy el bardo que su lira de oro
Te ofrece con su amor.»

Así junto á la reja de una hermosa
Expresaba su afán
El tierno trovador, cuando el postigo
Se abrió de par en par.

Y cual si fuese un eco del infierno,
Una estentórea voz
A las áureas y azules melodías
Esta respuesta dió:

—«Usted no es bardo, ni merece serlo,
Y dígamelo á mí;
Usted es un solemne mequetrefe
Que no deja dormir;

Váyase con la música á otra parte
Con su lira ó laúd,
Porque si no, le juro que lo pongo
También de oro y azul.»

EL TRABAJO Y LA PAZ. (*)

A Carlos del Sol.

¡La paz es redención, la paz es gloria!
¡Arrancad los crespones
Que cubren los altares de la patria!
¡Arrancad, arrancad de la memoria
Los fatales recuerdos que dejaron,
Como un eco terrible, los cañones!
Secad, secad las lágrimas ardientes
Que nublan las pupilas,
Y al cielo alzad con gratitud sincera
Mil himnos de fervientes bendiciones.

¡Oh! ¡qué azul está el cielo
Que tiene por dosel la hermosa Antilla!
¡Qué arrullos tan alegres traen los mares,
Qué frescura y verdor ostenta el suelo
Y qué dulce canción dan los palmares!

(*) Recitada en "El Ateneo," con motivo de la distribución de los premios otorgados en la Exposición de Matanzas.

Venid á ver; no empuña el joven fuerte
El arma fratricida;
No hiere sin piedad su honrada mano
El noble pecho de adalid guerrero,
Para arrancarle la preciada vida.
Entona placentero
Una tierna canción que fué aprendida
En el regazo de su buena madre;
Consagra su existencia
A la noble batalla del estudio;
Investiga con ansia los secretos
Del mundo de la ciencia;
No mira en el trabajo
Un castigo de Dios, sino la fuente
Del verdadero bien, el premio honroso
Del que anhela escalar la ansiada cima
Con firme paso y con serena frente.
Empuña la piqueta y el arado,
O el compás, y la regla, y el martillo
Para alcanzar la gloria del artista,
Más brillante que el lauro del soldado;
Compara su existencia del presente
Con la intranquila que llevó en los campos,
Regando sangre que manchó su rostro;
Ve de sus compañeros en los labios
Dulce sonrisa que á su genio aplaude,
Y al recordar las lágrimas de fuego
De tanta madre que perdió sus hijos,

De tanto niño que lloró á su padre,
Rinde santo homenaje á las ideas
De paz y de progreso,
Y exclama entonces con dolor profundo:
«Oh! tú, guerra fatal, ¡maldita seas!»



Juventud, sigue así, sigue apartando
Las piedras del camino,
Sigue bebiendo inspiración fecunda
En ese manantial inagotable
Que te ofrece el destino.
Aprende á despreciar la pompa vana
Que el retroceso ante tu vista ostenta,
Queriendo con sus falsos resplandores
Matar la luz de tu ávida pupila;
Confía en el mañana,
En el risueño porvenir de flores
Que puedes alcanzar, si no vacila
La noble fe que arde
En tu entusiasta corazón de fuego;
No te inclines cobarde
Bajo el peso de crueles infortunios,
No cedas ni una línea en la pelea;
Si es preciso morir, muere luchando
Por defender tu sacrosanta idea.

Mirad en derredor cómo se agita

Un enjambre de activos artesanos,
De dignos industriales que, orgullosos
Con ese orgullo que bendice el cielo,
Vienen á recibir la recompensa
De sus horas de afán y de desvelo.
¡Mirad, mirad qué inmensa
Es la alegría que en sus ojos brilla!
Si pueden recoger hermoso fruto,
Es porque en tierra que el sudor regara,
Plantaron á su tiempo la semilla.

El trabajo es un bien, no es un castigo;
El trabajo es la fuente de riqueza,
El manantial de lícitos placeres,
El verdadero amigo
De la fecunda inteligencia humana;
El trabajo es el pan en el presente,
Y la satisfacción en el mañana.

La paz es redención, es la esperanza
De días de ventura,
Es un hermoso cielo de bonanza,
Mensajero divino
De la dicha futura;
La paz para los pueblos es la aurora,
Precursora del sol del adelanto;
Es la puerta del templo del Progreso,
Es el preludio santo

De un himno sin palabras,
Es la antorcha que alumbra los senderos
Que debe audaz atravesar la idea . . .
¡La paz es ley de Dios! ¡Bendita sea!

20 Enero de 1883.

Á MARÍA J. ESNARD.

En su abanico.

¿Qué busca en el abanico
La joven linda y simpática,
Si en su retiro dichoso
Tiene brisas perfumadas?
¡Ah! ya sé; busca un objeto
Para ocultarnos sus gracias;
No ignora que de sus ojos
Son de fuego las miradas,
Y teme quemar con ellas
De sus amigos el alma.

1882.

15 DE JUNIO.

A María Serrate y Ulmo.

Con la falda de raso barriendo el piso,
Ostentando el escote y el moño griego,
Tu elegante atavío de señorita,
Orgullosa estrenabas en el *Liceo.*

Fulguraba en tus ojos placer ingente,
Dibujaban tus labios triunfal sonrisa,
Y esparciendo perfumes embriagadores,
Cruzabas con el aire de princesita.

Más alegre y radiosa no te ví nunca,
Y exclamé con el alma: «Niña inocente,
¡Que no se desvanezca tu hermoso encanto!
¡Que de sueño tan dulce nunca despiertes!»
1895.

AURORA Y MARGARITA.

A Emma del Castillo.

Aurora y Margarita
Son niñas compañeras de colegio;
Aurora es muy bonita
Y tiene lindos trajes
De finísimas telas, adornados
Con soberbios encajes;
Sus padres, que la adoran
Con ese amor inmenso
Que tan sólo los padres atesoran,
Le dan cuanto desea.
La tierna Margarita,
Más que bonita es fea;
Sus trajes son humildes;
Huérfana se quedó la pobrecita,
Cuando pisó del mundo los umbrales;
Y en su negra orfandad, en su pobreza,
Dejan ver sus sonrisas celestiales,

Que en su amoroso corazón de niña
Ha encontrado un albergue la trizteza.
Pues bien, en el colegio
Nadie celebra á la elegante Aurora;
Con ella no hacen migas
Las tiernas compañeras;
Y la huérfana pobre tiene amigas
Obsequiosas, amantes y sinceras.
—¿Sabes, Emma, por qué?—Porque orgullosa
Aurora con su lujo y su hermosura,
No cuida de ser buena y estudiosa,
Y anhela con locura,
De la belleza conquistar la palma;
Y humilde, Margarita,
Con su dulce bondad y su talento,
Sabe de todos conmover el alma.

1885

SOMBRA Y LUZ. (*)

MELOPEA.

Música de A. Mazzorana.

Entre las ramas del esbelto pino
Y en las pencas del índico palmar,
Ráfagas silban de aquilón violento
Que en el espacio rebramando va.

Hechas jirones en bandadas cruzan
Nubes que llenan de mortal pavor;
Huyen las aves á lejanas tierras,
El cielo se hunde en infernal turbión.

Fieros se encrespan los cubanos ríos;
Ya no murmuran cantos de placer,
Ya se desbordan, y en inmenso lago
Presto convierten lo que campo fué.

(*) Recitada en el Teatro "Esteban" en la función á beneficio de los inundados del Roque.

Doblan sus tallos las hermosas flores,
Crujen las cañas, y la ronca voz
Del rebaño que está despavorido,
Triste se mezcla al general clamor.

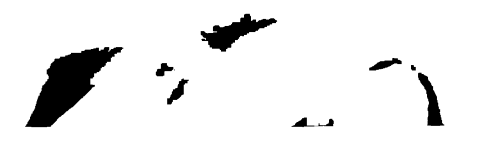
¡Cuántas marchitas esperanzas bellas!
¡Cuántos pobres vagando sin hogar!
Los que el destino hirió con mano ruda
¿Adónde con sus lágrimas irán?

¿Dónde al desnudo prestarán abrigo?
¿Dónde al cuitado brindarán amor?
Ay! yo lo sé; que vengan los que sufran,
Y encontrarán en cada corazón.

Para su oído, tiernas palabras;
Para su frente, besos de paz;
Para sus ojos, claros fulgores;
Y para el alma, fraternidad.

Si, cuando sufren pueblos extraños,
Cuba les brinda su corazón,
Que es para todos los que padecen,
Inagotable fuente de amor;

Si cuando sólo percibe el eco
De hondos suspiros, corriendo va
Con sus caricias y sus cuidados
A dar consuelos con tierno afán;



¡Cuánto cariño no habrá en su alma,
Cuánta ternura, cuánta pasión,
Para los seres que en su regazo
Vieron, dichosos, la luz del sol!

Y para aquellos, los peregrinos,
Los que levantan su tienda aquí,
Y de la tierra que los acoge,
Las desventuras saben sentir.

Por ellos Cuba sufre y suspira;
Por ellos vierte lágrimas hoy;
Para los tristes pide un consuelo;
¿No hay quien escuche su dulce voz?

. . . .

Venid, hermanos, devolved la calma
A los que hirió la negra tempestad;
El que bondades en el mundo siembra,
Recoge amores, bendición y paz.

Ah! ya tendéis al infeliz la mano,
A impulsos de la santa compasión;
En fraternal abrazo confundidos
Os contempla la patria con amor.

No surque más el llanto las mejillas;
Recobre el alma la perdida fe;
¡Ya la tormenta en el hogar no ruge!
¡Ya un sol alumbra el antillano edén!

Un sol hermoso de esplendentes rayos;
Nuncio de santa bendición y paz.
¡Sol que de gozo el corazón inunda!
¡El sol de la bendita Caridad!

Octubre de 1887.

Á MARÍA PULIDO.

¡Dichoso el hombre, gentil María,
Por quien palpite tu corazón!
Inagotable fuente de goces
El alma suya tendrá en tu amor.

1893.

NO TE FÍES.

(ANTE UN GRABADO.)

A María Luisa Dumás.

¿Ves aquellas dos palomas
Que se arrullan y acarician
Delante de aquel muchacho
Que tiernamente las mira?
La candidez, la inocencia
Y el casto amor simbolizan.
Es pareja que seduce,
Que enamora, que da envidia;
Pero, hablando francamente,
No sé por qué, María Luisa,
Me figuro que es traidora
La concepción del artista.
Fíjate bien del chicuelo
En la irónica sonrisa,
Observa con qué burlona
Intención, con qué malicia,

Al mirar á la pareja,
El *nene* los ojos guiña,
En la mano izquierda el arco
Sostiene, y aunque tendida
No está la flexible cuerda,
Ninguna confianza inspira,
Y ganas dan de decirle:
«Te conozco, mascarita.»
Te lo advierto, por si acaso;
Ten mucho cuidado, niña,
Porque es el hijo de Venus
Traicionero y quimerista,
Y más desengaños causa
A quien más en él confía.
En destrozar corazones
Su mayor empeño cifra;
Por eso lleva su aljaba
De agudas flechas provista
Y á las primeras de cambio
Infiere mortal herida.

1891.



ORGULLO DE POETA.

A Carlos Pío Uhrbach.

No te arrastres por mármoles y alfombras
Para besar los pies á las duquesas,
No les cantes á reyes y á princesas,
Ni sueñes con las fiestas del Trianón.
Quien tiene, como tú, robustas alas
Para cruzar el mundo en raudo vuelo,
Humilde no se arrastra por el suelo
Ni ambiciona los lauros del histrión.

No pulses para exóticas beldades
La lira de marfil y cuerdas de oro;
Si buscas de bellezas un tesoro,
De tu patria no salves el confín.
Brinda tu acento á la gentil cubana
Que vió la luz do se meció tu cuna;
No inciensen á Cleopatra, ni á Satsuna,
Ni á las gélidas vírgenes del Rhin.

Deja que tu alma enardecida estalle
En sentidas patrióticas canciones;
Que escuche sus acordes vibraciones
De tu patria la noble juventud;
Tu misión de poeta habrás cumplido,
El laurel ceñirá tu altiva frente,
Y en el inmenso espacio, eternamente
Resonará la voz de tu laúd.

Agosto de 1895.

Á MARÍA SARA DE ARMAS.

—¿Me llamaría usté atrevido,
Si una gracia demandara?
¿No? . . . Su retrato le pido . . .
¿Qué dice usted?—Concedido.
—Muchas gracias, María Sara.

18 . . .



EVANGELINA ZAMBRANA.

(EN SU ÁLBUM.)

> Yo soy la niña que en la ribera
> Nací, por dicha, del Almendar;
> Pero la suerte tirana y fiera
> Me trajo á tierra del Anahuac.
>
> Aquí me llaman «niña extranjera;»
> ¡Llevadme á Cuba por caridad!
> Cuba es la tierra de luz y flores,
> Cuba es mi patria, llevadme allá.
>
> José V. Betancourt.
>
> México 187....

Ya de tu Cuba pisas el suelo,
Ya por tu patria no llorarás,
Ya no te dicen «niña extranjera»
Como en la tierra del Anahuac.

Ya de tus flores, Evangelina,
Con el perfume te embriagarás;
Ya tienes todo lo que anhelabas
Allá en la tierra del Anahuac

Que nunca pierdas tanta ventura,
Que un cielo obscuro no veas jamás,
Quiere este amigo que, por su dicha,
Nació en la tierra del Anahuac.

Pero si acaso (¡Dios no lo quiera!)
Tu amada patria debes dejar,
No te dirijas á otras regiones,
Vuelve á la tierra del Anahuac.

Porque tu cielo, porque tus brisas,
Porque tus flores, porque tu mar,
Encuentran, niña, dignos rivales
Sólo en la tierra del Anahuac.

Matanzas Julio de 1879.

DE TODO UN POCO.

(RECITADA EN EL LICEO DE MATANZAS.)

A Manuel S. Trelles.

Ya estoy en la tribuna;
Ya comienzo á temblar como si fuese
Reo de un gran delito;
Ya tiendo una mirada asaz inquieta
Por el vasto salón, y una por una
Examino las caras expresivas
Del bello sexo y del que llaman feo.
Si pudierais saber lo que nos pasa
A todos los amantes de las letras
Cuando alzamos la voz en el *Liceo!* . . .
Os lo voy á decir; y, si vosotros
No sentís compasión de nuestras penas,
Si os reís de nosotros,
Porque con débil voz y temblorosa
Recitamos los versos preparados
O algún trozo de buena ó mala prosa;

Si no tenéis piedad de nuestro miedo,
Entonces yo, cuando otra vez me inviten
A recitar aquí, diré: «no puedo.»

Mientras decimos con meloso tono
Rimas, endechas y baladas tiernas,
Pasamos mil sudores,
Y sentimos correr por nuestras piernas
Una legión horrible de temblores.
Se forma en la garganta
Un nudo atroz que atipla nuestro acento,
Y de repente un verso se atraganta,
Y para hacer más crítico el momento,
Se nos nubla la vista,
El corazón palpita apresurado,
Y es tan grande el temor que en él se encierra,
Que quisiéramos vernos muchas veces
A diez ó doce varas bajo tierra.

Pero, quién, me diréis, quién os obliga
A pasar por instante tan amargo?
Ah! mis oyentes, perdonad que os diga
Que de tan débil cargo
Me puedo defender en un momento.
Decidme: ¿conocéis á Manuel Trelles? (*)
Pues entonces suprimo
El retrato que de él hacer pudiera.

(*) Director del *Liceo*.

Figúrense que viene con un mimo,
Con sonrisa hechicera,
Como la de los novios y las novias
Cuando quieren lograr lo que pretenden;
Y dice, por ejemplo:
«Vate del Anahuac, en la velada
Que dará este Instituto,
Debe usted recitar una poesía;
No me diga que no, porque me parte
Y riño con usted en absoluto.»
—«Pero escuche, Manuel.»—No escucho nada.
—Prometo que otro día . . .
—No diga más, porque por nada paso!
—Va el público á cansarse de mis versos.
—Cuando llegue ese caso . . .
—Mire, Manuel, que es fácil que me eche
Cuatro piropos que me duelan mucho,
—Música celestial.—Ponche de leche
Van á llamarme al fin.—Oh! no lo crea!
—Pero escuche, Manuel!—Yo nada escucho!
Y acabo por decir: «bueno, pues sea.»
Y no lo digo en chanza;
Cuando Trelles se empeña en un asunto,
Consigue lo que quiere, y ¡ni esperanza!

***

En fin, ya estoy aquí: y según dicen
Montado ya en el burro,

Es preciso seguir hacia adelante . . .
¡Ah! por más que discurro,
No sé qué he de decir que interesante
Para vosotros sea!
¿Queréis que os hable de la mar undosa,
Del esquife ligero
Que alegre en ese mar se bambolea? . . .
Ah! ¿no? ¿no lo queréis? . . . Pues á otra cosa.

Voy á cantaros con melifluo acento
Mis plácidos amores;
Voy á pulsar la destemplada lira
Para imitar la voz (¡también lo dudo!)
De los canoros dulces ruiseñores.
Voy á deciros que mi novia tiene
Unos divinos ojos
Que matan como fiera puñalada,
Y que sus labios rojos
Se abren como se parte una granada.
(Este verso no es mío);
Que su talle gentil, ¡ay! se cimbrea
Como la palma del verjel cubano . . .
Mas, no! que alguno por allí podría
Gritarme: «ciudadano
Haga el favor de contener su impulso!
¡Pare, por Dios, la mano!
¡No siga más la broma!
Si tiene usté una novia tan bonita,
¡Con su pan se lo coma!»

Renuncio á ese proyecto
Y voy á preferir un gran asunto
Que es de mejor efecto.
Voy á decir que el baile de la danza
Merece que se excluya
De toda sociedad que en algo tenga
Su esclarecido nombre;
Y que á todo el que arguya
En favor de ese baile corrompido,
La misma sociedad lo arroje fiera
En las profundas simas del olvido;
Que en los regios salones del *Liceo*
Se bailen la Pavana,
La redowa, el minué y el zapateo;
Que al dulce Miguelito, (*)
Autor de tantos pícaros danzones,
Lo quemen sin piedad públicamente
Con todas sus horribles creaciones.
Diré . . . más, no, señores, ¡es mentira!
Que luego las muchachas indignadas
Y los jóvenes todos
Me arrancan el pellejo tira á tira.
Perdonad la intención, y en cambio juro
Con palabra formal de caballero,
Que al preludiar la orquesta
Un sabroso danzón, seré el primero
En lanzarme á la sala

(*) Miguel Faílde, Director de Orquesta.

Y en hacer por el baile referido
De mi entusiasmo gala.

«Los muchachos malcriados» ¡qué gran tema
Para verter un justo desahogo!
¡Qué ocasión tan propicia
Para echarla de sabio pedagogo!
He de decir que el niño
Se pierde sin remedio
Con lo que algunos padres
Llaman no sé por qué, grande cariño.
Que protesto una vez y otra y doscientas
Contra esa turba horrible de chiquillos
Que hacen plaza de toros del paseo
O que pasan en vela
Las noches en qne hay baile en el *Liceo*,
En lugar de pensar que allá en la escuela
Al triste profesor falta cachaza
Para sacar partido
De alguno que es solemne calabaza.
Diré que más que culpa de los niños
Es culpa de . . . ¡silencio!
Pues, (lo que encuentro lógico),
No faltará quien diga
Que todas estas cosas
Ya las trató el Congreso pedagógico. (*)

(*) Efectuado en Matanzas en el mes de Enero de 1884.

Ah! ya encontré un asunto de primera
En la mujer celosa.
¡Cómo le voy á dar á ese enemigo
De la paz y quietud del matrimonio!
Va á encontrar en mis versos su castigo
Esa fiera, esa harpía, ese demonio
Que del esposo tierno
Convierte el tálamo nupcial querido
En insufrible infierno.
Mi crítica tenaz ha de valerme
Obsequios mil de los que sean esclavos
De una mujer así: con cuántos vivas,
Y hurras, y aplausos, y entusiastas bravos
He de bajar, señores, si consigo
Mofarme bien de los injustos celos
De la que, al ir su esposo á la oficina,
Se asoma á la ventana
Para mirar si dobla
Por una ú otra esquina;
De la que paga á pícaros chiquillos
Para que velen, sin cesar, sus pasos
Y le cuenten si sigue ó se detiene;
De la que le registra los bolsillos,
De la que le reclama porque viene
Diez minutos después, y lloriquea
Porque el pobre, al hablar de una comadre,
Dijo con sencillez que no era fea;
De la que en las reuniones le pellizca

Porque saluda á Tecla ó Sinforosa;
De la que cuando sueña su marido,
Le presta atento oído
Para ver si descubre alguna cosa;
De la que . . . pero no, no digo nada
Que en ridículo ponga á esas señoras.
Renuncio á los aplausos
Del esposo infeliz, y no lo extrañen;
Son tantas las celosas de hoy en día,
Que temo se congreguen
Y me acosen, me zurren y me arañen.

Si me atreviera á vapulear á tanto
Crítico insigne que hace de la prensa
Una constante lidia,
No para mejorar nuestras costumbres,
Sino para amagarnos
Con el arma traidora de su envidia! . . .
¡Ay, Dios! si me atreviera . . .
Pero, no, caballeros, nada he dicho!
Retiro mis palabras!
No vaya á ser que á un Zoilo impertinente
Se le antoje el capricho,
Después de asegurar públicamente
Que mis versos son malos,
De administrarme, rebosando bilis,
Una entrada de palos!

En fin, de nada puedo hablar, ¡qué apuro!
Y Heredia y Manuel Trelles (*)
Me esperan de seguro
Allí tras de la puerta
Para decirme, en vista del fracaso,
Que á la verdad no sirvo para el caso.
Por Dios que tengo miedo
De dejar la tribuna,
Porque es lo más probable que allí abajo
Los dos me guarden una . . .
Pero, si aquí me quedo
Vais á silbarme con razón vosotros . . .
Y á mí sin duda alguna
Más temor me inspiráis que aquellos otros.
¡Pasemos el mal trago!
¡Oigamos con paciencia los reproches!
¿Qué le vamos á hacer! ¡Ya no hay remedio!
Entre tanto, señores, ¡buenas noches!

Enero de 1884.

(*) Nicolás Heredia, Presidente de la Sección de Literatura del *Liceo*.

TU NOMBRE.

A Margarita Tarafa.

A la exquisita flor en cuyas hojas
La tímida doncella enamorada
Pretende hallar la clave del secreto
Origen de sus dudas y sus ansias,
El nombre halagador de *margarita*
Dieron por su belleza y por su gracia.
El que te puso de esa flor el nombre,
Supo escoger el que mejor te cuadra;
Porque en tu rostro la belleza brilla,
Como brilla en el fondo de tu alma.

1895.



Á LAS CASADERAS.

SONETO. (*)

Con la debida ingenuidad decl*aro*
Que me cansa la vida de solt*ero;*
Es natural; soy pobre, y sin din*ero*,
Me falta distracción: ¡pues está cl*aro!*

Aunque me juzguen inocente ó r*aro*,
Á las muchachas dirigirme qui*ero*,
Brindándoles un dulce compañ*ero*
Sin condición alguna y sin rep*aro*.

No piensen que estoy loco y que del*iro*,
Porque mi soledad así depl*oro;*
De mi juicio ¡por Dios! estoy seg*uro*.

Si pronto no acudís, me doy un t*iro:*
Es verdad que riquezas no ates*oro;*
Pero puedo servir para un ap*uro*.

1882.

(*) Improvisación con consonantes forzados, en una velada íntima.

EL ÁNGEL DE LA CARIDAD. (*)

A Margarita Pedroso.

Como el amante ruiseñor conmueve
Con su cantar sentido,
Con su amoroso acento,
La selva umbrosa en que formó su nido;
Tú, cuando tierna pulsas
Las cuerdas del laúd del sentimiento
Y dejas escapar de tu garganta
Raudales de armonía,
Los suspiros arrancas, si te quejas,
Y si gozas, despiertas la alegría.

Has sorprendido del divino arte
Los íntimos secretos,
Has llegado á la cima sin cansarte,

(*) Recitada en el Teatro "Esteban" en una función á beneficio de los Asilos de Niñas,





Sin vacilar en la escabrosa senda.
Euterpe, conmovida,
Al verte penetrar en el santuario,
Al recibir tu ofrenda,
Te dió para tu frente,
Cual digno galardón á tu victoria,
Del genio la corona refulgente.

El arte para tí no es el esclavo
De la ambición de mundanal riqueza;
El arte para tí no es la esperanza
De conquistar renombre;
No cuadra á tu nobleza
Tan pobre aspiración; tú eres artista
Desde lo más profundo de tu alma;
Tú cantas, como el pájaro en el bosque,
Para exhalar tus dichas ó tus duelos,
O cuando quieres ofrecer al mundo
Un manantial de amores y consuelos.
Tú sufres con el huérfano infelice
Y alientas á la madre cariñosa,
Que tu piedad y tu virtud bendice;
Tú corres afanosa
A enjugar con tu mano delicada
El llanto que del mísero mendigo

Anubla la tristísima mirada.
Donde limosna imploran,
Donde el destino rudo
Siembra suspiros, desnudez y duelo,
Allí, como un escudo
De esperanza, de amor y de consuelo,
Llegas tú, Margarita,
Trocando en azucenas los abrojos,
En sonrisas las lágrimas ardientes,
Y la horrible inquietud en paz bendita.

¡Eres un ángel de bondad! ¡La tierra
Es pedestal mezquino
Para quien tanta abnegación encierra!
Tú mereces hallar en tu camino
Una alfombra de amantes corazones
Que de entusiasmo y gratitud palpiten,
Cuando tus alas de querub, ligeras,
Para cruzar la inmensidad se agiten!

Yo, el humilde cantor, que me envanezco
Porque he logrado que mi voz escuches,
En nombre de Matanzas te saludo;
Ya sé que no merezco
Llegar á tí, porque mi canto rudo
Con tu divina inspiración contrasta;

Mas, si perdonas tú mi atrevimiento,
Si comprendes lo noble y lo sentido
De mi salutación, eso me basta
Para que honrado por demás me crea.
Mi temblorosa mano
Arranca de la lira los arpegios
Más dulces y sonoros
Para el sublime ruiseñor cubano;
Y para el ángel de bondad, envía
Sus puras bendiciones
En nombre de este pueblo el alma mía.

Octubre de 1883.

EMMA DUBOIS.

Asombroso talento,
Perseverancia,
Prodigiosa memoria,
Fácil palabra...
Todo eso tiene;
Pero no se lo digan,
Porque se ofende.

***

Pura como los rezos infantiles,
Hermosa como el sol de la mañana,
Dulce como los sueños del poeta,
Sembrando amores por la tierra pasa.

1894.

CANTARES.

A María J. Castañer.

¿Quieres saber cómo son
Los angelitos del cielo? . . .
Pregúntaselo á la luna,
A la luna de tu espejo.

***

Sufrirás mil desengaños,
Si á todo dices: «amén»;
Porque las moscas se comen
Al que se vuelve de miel.

***

Cuando me asomo á tu alma
Por las niñas de tus ojos . . .
¡Qué serena superficie!
¡Qué claridad en el fondo!

1895.

¡TIERRA!

A Bonifacio Byrne.

El velero bajel, con rumbo á Oriente,
Del Atlántico mar surca las ondas;
Entre la bruma del confín lejano
Busco impaciente la soñada costa,
Y á la indecisa luz de un sol que deja
Corona y cetro á la nocturna sombra,
A ver alcanzo los nevados picos,
Las altas cumbres de la vieja Europa.
Acuden á mi mente los recuerdos
De los hechos más grandes de la Historia,
Y á tierra llevan mi cordial saludo
Los raudos vientos y las crespas olas.

***

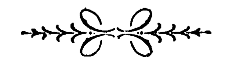
El velero bajel, rumbo á Occidente,
Surca del golfo las serenas ondas;
Del horizonte en la distante línea,
Busco la tierra con mirada ansiosa,
Y á la indecisa luz de un sol naciente
Que reclama su cetro y su corona,
A ver alcanzo de la patria mía
El Orizaba, que las nubes toca.
Me acuerdo de los días de mi infancia,
Pienso en mi madre que mi ausencia llora,
Y hacia el hogar el alma tiende el vuelo
A través de los vientos y las olas.

Agosto de 1895.

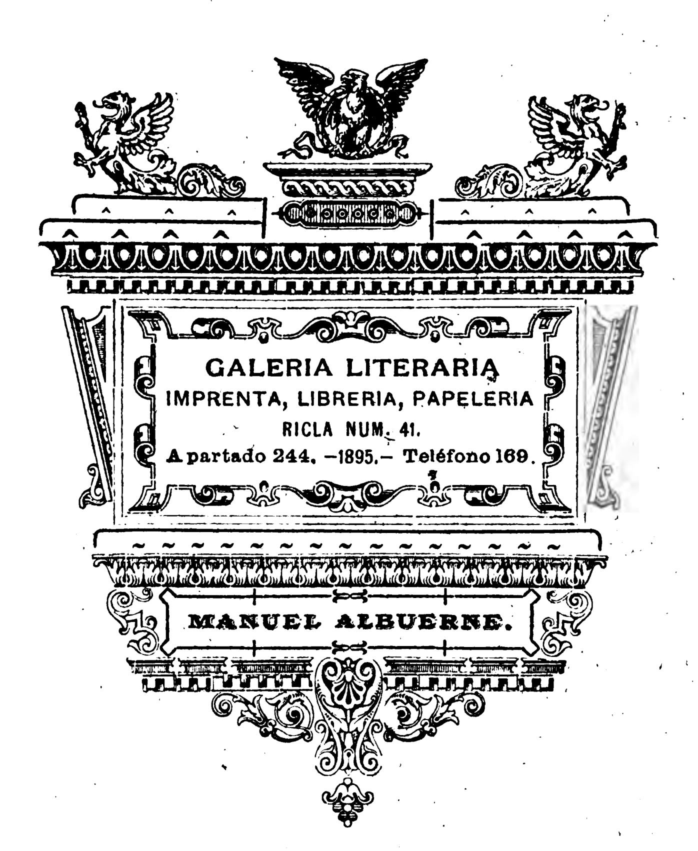
ÍNDICE.

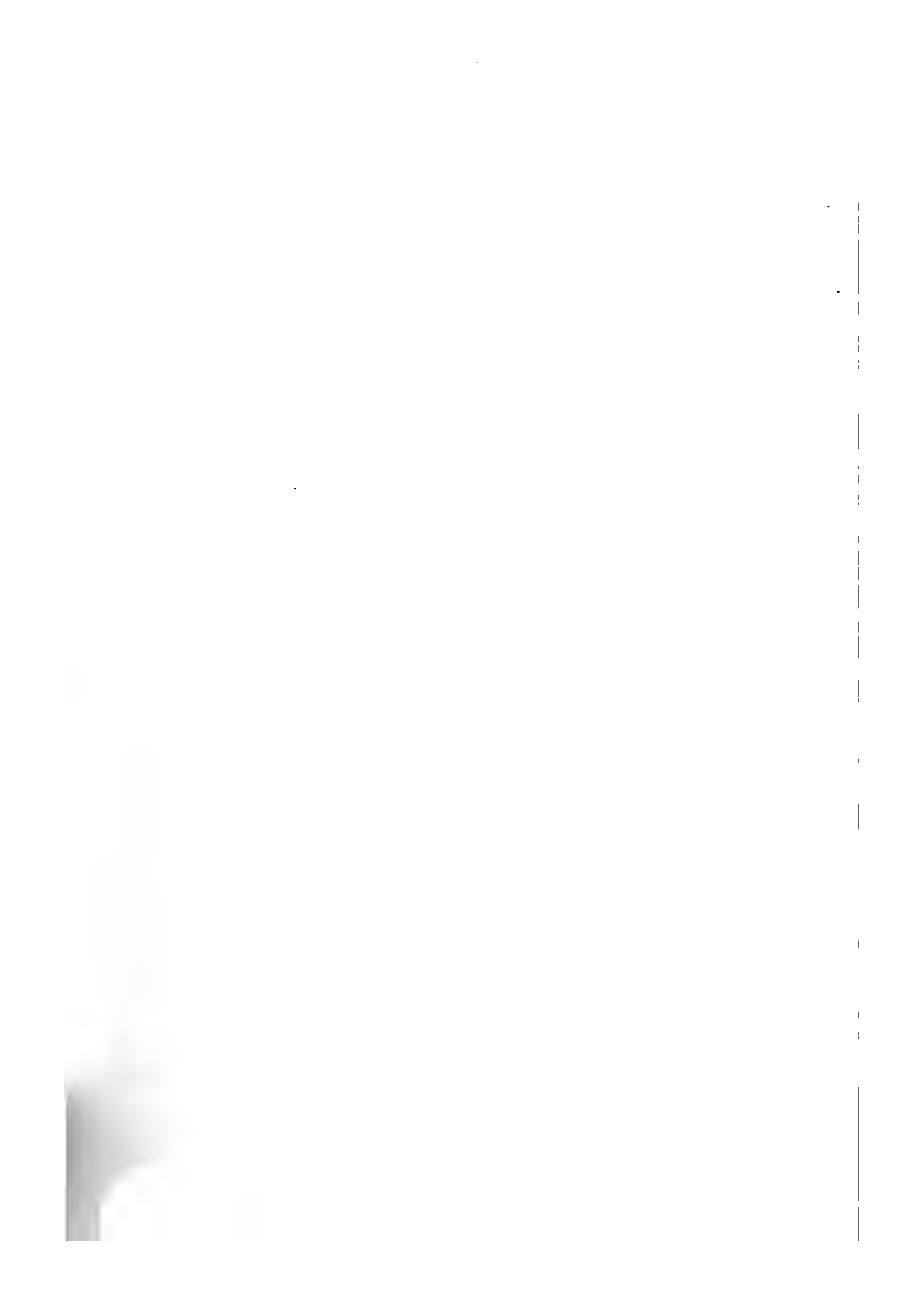
Página

Página






GALERIA LITERARIA
IMPRENTA, LIBRERIA, PAPELERIA
RICLA NUM. 41.
Apartado 244. —1895.— Teléfono 169.
MANUEL ALBUERNE.




3 2044 004 488 631



